

LA VISIÓN DIVINA

(The Divine Vision, 1927)

C. Jinarâjadâsa

I

LA VISION DIVINA DEL HOMBRE ¹

Es una afirmación exacta, experimentada y probada por nosotros todos, la de que sobre las piedras constructivas de nuestros yos muertos nos elevamos a más altas empresas. La vida del hombre es un cambio constante en sus puntos de vista; a medida que las experiencias se suceden, unas a otras, parece como si se elevase de un plano a otro en su ascensión por la ladera de una montaña, con el resultado de que su visión cambiase constantemente.

Reconocemos que son dos las clases de visión posibles para nosotros: la del hombre de tipo corriente, que vive en el mundo, y la que nos ofrecen los grandes guías de la humanidad, los fundadores de las religiones. Propendemos a creer que esa elevada visión alcanzada por los Grandes Instructores, es algo, exclusivamente reservado para ellos, y que nosotros, los hombres que vivimos en niveles más bajos, somos incapaces de la visión divina. Y, sin embargo, el definido propósito del mensaje que nos trae la Teosofía, es demostrarnos que lo que los más elevados de la humanidad han realizado será, algún día, realizado por todos nosotros. Voy a tratar, en el transcurso de estas tres conferencias, de demostrar cómo, también nosotros, podemos llegar a la visión divina del hombre, de la Naturaleza y de Dios.

Empezando por la visión divina del hombre, veamos cuáles son las características de la visión corriente del hombre. ¿Cuál es la actitud del hombre, de tipo medio, hacia aquellos que están a su alrededor? Encontraréis que, en una forma o en otra, se manifiesta en su actitud algo como un resentimiento. Ese hombre no gusta de las cosas que le rodean si difieren de sí mismo; no encuentra agradable una sociedad en la que las gentes piensen de una manera diferente a la suya; no puede sentirse feliz si encuentra algo, como una provocación, a sus pensamientos y sentimientos. Esto trae, como resultado, el que todos llevemos en nuestro interior una especie de antipatía, por muy sutil que ella sea, y que se manifiesta hacia los de distinta nacionalidad, a los que profesan ideas religiosas diferentes de las nuestras; y si no llegamos a una antipatía definida, conservamos, hacia ellos, un sentido de superioridad. Creamos un ambiente de crítica y como razón determinante de nuestros juicios aceptamos nuestros “Yos” y lo que a ellos conviene. Lo que nos favorece lo calificamos de “bueno”; todo aquello que trata de reducir la expansión de nuestro yo, lo denominamos “malo”. De ahí que nuestra visión

¹ Conferencia dada el 8 de mayo de 1927 en “Queen’s Hall”, en Londres

corriente del hombre tenga un fondo de espíritu de crítica y no nos abandonemos a una amplia simpatía para la cual estamos capacitados.

Existe, sin embargo, la posibilidad de una visión diferente, y todo hombre o mujer, medianamente cultos, puede fácilmente llegar a ella, pues se encuentra en las obras de los grandes poetas. El fondo esencial de un poeta es una visión más amplia, y la característica especial de los grandes poetas es la visión más completa del hombre, elevándolo sobre el nivel corriente de la humanidad. Tomad a Shakespeare; lo vemos mirando a los hombres como si lo hiciera desde la cumbre del Olimpo; observa sus debilidades y locuras, y, sin embargo, sonrío a ellas. Es el espíritu de la visión divina el que le hace poner en boca de uno de sus personajes: “Dios lo hizo así; tomémoslo como es”. Podéis observar que siempre que Shakespeare introduce en escena un villano, no ceba en él su antipatía; bien se llame Cassio o Yago, le deja que viva su vida y que se manifieste tal cual es, pues Shakespeare no siente resentimiento contra la maldad del villano. Aun en el caso de Falstaff, saturado de ordinariez y de falsedad, Shakespeare lo ve tal y como es, pero no pronuncia contra él un juicio condenatorio. El poeta contempla al hombre tal cual es, trayendo a su juicio una visión mucho más amplia que la que siente el hombre corriente.

Cuando avanzamos un paso más y, de los grandes poetas, llegamos a las cumbres de la humanidad, a aquellos que le dieron sus normas y su dirección, entonces encontramos la más amplia visión posible. Tomad tres grandes Instructores y observad la manera cómo miran a los hombres. Meditad en Cristo, el grande, cuando abría sus brazos y decía: “Venid a mí, todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviare”. ¿Establecía, por ventura, alguna distinción entre los que habían y los que no habían de ir a Él? “Todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas”. Todos son suyos y posa su mirada sobre todos los hombres para darles Su Amor; pecadores o santos, buenos o malos, jóvenes o viejos, todos los hombres son parte inseparable de Él mismo.

Hay otra ocasión en la que manifiesta Su grande, divina visión y es cuando habla de Su vuelta “para juzgar a los vivos y a los muertos”. Nos describe cómo colocará a los hombres, unos a Su derecha, otros a Su izquierda, y cómo, aquellos que coloque a Su derecha, serán designados para vivir con Él. Y, en el momento del juicio, creeréis seguramente que la primera pregunta que dirigirá a aquellos que han de sentarse a su diestra será: “¿fuisteis bautizados?” Digo esto porque vosotros consideraréis a Cristo como el maestro de la Cristiandad, únicamente, y es natural que penséis que su criterio más certero para definir el bien y el mal, sea si habéis visto en Él y Lo habéis recibido como Cristo. No es esa su manera de pronunciarse, sino que, para

juzgar, se limita a preguntar: “¿Disteis de comer al hambriento y de beber al sediento? ¿Visitasteis los enfermos y consolasteis a los que están en la cárcel?” Y añade: “Que cuanto hicisteis con uno solo, el más pequeño de mis hermanos, conmigo lo hicisteis”. ¿Dice, por ventura, que son Sus hermanos sólo aquellos que fueron bautizados en la fe cristiana? No; sólo dice: “Con uno solo, el más pequeño de mis hermanos”.

Volvámonos ahora al gran Maestro de la India, Shri Krishna. Esta misma visión de todos los hombres es la que le hace decir: “Cualquiera que sea el sendero por el cual los hombres se acercan a Mí, sean bienvenidos, pues el sendero de cualquier lado que venga es Mío”. Igual espléndida visión divina nos ofrece el gran Maestro, fundador del Buddhismo, cuando nos señala el siguiente código de conducta que invita a seguir a los que quieran imitarle: “Como una madre derrama su amor sobre el hijo, su hijo único, así debe el hombre, ya esté sentado, de pie o durmiendo, derramar amor por todos lados”. Esta es la esplendente visión que del hombre nos han ofrecido los grandes conductores de la humanidad, aquellos que han abierto las puertas del cielo suprimiendo las divisiones de razas, credos o religiones.

Aceptamos la creencia de que esa elevada visión no puede conseguirse sino por una exigua minoría, por aquellos fuertes gigantes que constituyen las elevadas cumbres de esa cadena de montañas que se llama la humanidad. Pues, precisamente, el mensaje de la Teosofía es que lo que consiguieron los más avanzados de entre los hombres, lo conseguiréis algún día cada uno de los que, en este momento, os encontráis en esta sala y las miríadas de los que se encuentran fuera de ella. De ahí que sea muy interesante, para que nos esforcemos en conseguirla, el estudio de la manera por la que todos los hombres llegarán a la Visión Divina.

Cuando, a la luz de la Teosofía, analizáis el proceso de la vida, y, principalmente, cuando se inicia en vosotros la comprensión del misterio de vuestro propio sufrimiento, reconocéis que la vida os lleva, os empuja a la asimilación de ciertas lecciones, y una lección capital es la de la Vida Una. Lentamente, el hombre se siente impulsado a comprender que existe la Unidad. El descubrimiento de esa Unidad debe, cada hombre, hacerlo de acuerdo con su propio temperamento, y, realmente importa poco qué nombre de cada uno a esa Vida Una. Aquellos en quienes predomina el temperamento religioso exclamarán: “Todo es la vida de Dios”. Tales son, por ejemplo, los hindúes, nacidos y criados en las antiguas filosofías, y la Vida Una llega a ellos como “Brahman”, ese principio misterioso que es la raíz de cuanto existe, que crea el universo, que es hombre, Dios, planta, todo lo que vive y aún las cosas muertas. El hindú, cuando misteriosamente murmura la palabra

“Brahman” siente que ha realizado, dentro de sí mismo, algo de la gran Unidad.

Pero igualmente llegan a idéntica conclusión aquellos que derivan por otros caminos. Cuando tropezáis con alguien que no se siente atraído por el sendero religioso, pero que siente, dentro de sí, el corazón ardoroso del filántropo que se lanza a las grandes empresas humanas, cuando ese hombre o mujer afirma que cree firmemente en la “solidaridad de la humanidad”, en esta sencilla frase vive él o ella la Vida Unica y puede afirmarse que ya ha dado el primer paso hacia la Visión Divina. Gentes de otro temperamento, fuertemente atraídos por la ciencia, quienes vislumbran, aunque sea débilmente, algo así como un gran objetivo –una causa divina, aunque lejana, hacia la cual tiende el movimiento de la Creación- comienzan también a sentir, a través de la su inteligencia, la visión de la Vida Una. Cuando se llega a esta visión, bien sea por la religión, la ciencia, la filosofía, el arte o por otro medio cualquiera, puede afirmarse que el hombre ha sentado la planta en el sendero que conduce a la Visión Divina del hombre.

Vemos, pues, que lo primero que nos llega es el reconocimiento de la Vida Una: pero no es bastante; es también necesario que el hombre descubra su inmortalidad, la ausencia de la muerte, aun viviendo en una envoltura que muere. Más tarde o más temprano todos tenemos que resolver el problema de la inmortalidad. Es necesario que estemos fundamentalmente convencidos de que somos inmortales. Podemos investigar con la inteligencia; podemos asomarnos a esta o a la otra filosofía, pero, únicamente, cuando encontramos algo como un objetivo al cual consagrarnos, será cuando nos sentiremos seguros de nuestra inmortalidad; únicamente cuando dedicándonos a un objetivo consagrado, nos entreguemos por entero al esfuerzo y al sacrificio que ello representa, alcanzaremos el primer vislumbre de nuestra naturaleza inmortal. Y cuando hayamos conseguido ese atisbo y cuando hayamos sentido y conocido algo de esa Unidad, entonces, de todos y cada uno de nuestros semejantes recibiremos un mensaje nuevo.

El hombre que empieza a hollar el sendero superior, pronto reconoce que cada hombre le trae un mensaje. ¿Cuál es ese mensaje? Pensad en el reducido número de los que están ligados a nosotros por lazos de amor, de ternura; nuestros amigos, nuestros amados. ¿Qué mensaje nos traen? ¿Quién es capaz de describirlo? ¿Desconocéis, acaso, que los más grandes poetas encontraron su escollo, al querer explicarnos el misterio que constituye para nosotros nuestro amigo, nuestro amado? Todo el que ama, al leer los poemas en los que se narran los amores del pasado, siente como si se descubriera algo nuevo, no sentido todavía; constata que su vida ha experimentado una transformación y que un hombre, una mujer, un niño, un hermano o una hermana, un ser

humano, débil como él mismo, le ha revelado algo nuevo de la vida. Una de las más vivas maneras de describir cuál sea el mensaje que nos traen los seres amados, se encuentra, tal vez, en las líneas del poeta que dijo:

Aquello que te hizo como tú eres,
Me impulsará a adorar cada estrella.

Nuestro amigo, nuestro amado, puede presentarnos este credo de la divinidad, y de la amabilidad de toda la vida.

Otra clase de mensaje llega a nosotros cuando descubrimos “nuestro Padre espiritual en Dios” a quien en la India llamamos “El Guru”. Cuando habéis encontrado vuestro Maestro, esa gran personalidad que derrama sobre vosotros la luz del significado del misterio de la vida, su mensaje os revela lo más trascendental que puede comprenderse. Existe en la India la afirmación de que cuando el hombre ha encontrado su Gurú, ya se adivina el final, porque, según dice un predicador famoso: “El Guru es Brahma, el Gurú es Vishnu, el Gurú es Mahâdico; en verdad el Gurú es el mismo Parabrahman”. Por consiguiente para aquel que encontró su Gurú, él le aclarará el significado de la Vida, y su mensaje completo quedará revelado por el Gurú.

No menor, pero sí de más difícil comprensión, rodeado de mayor misterio, es el mensaje de vida que os trae vuestro enemigo. No podemos creer que nuestros enemigos, aquellos que nos odian, puedan tener un mensaje cualquiera que ofrecernos; pero coloquémonos indiferentes, ante nuestro enemigo; tratemos, desapasionadamente, de comprenderlo y encontraremos que no nos odia sino con aquello que, para odiarnos, encuentra en nosotros mismos. Es una porción de nosotros a la que hemos dado suelta dejándola en libertad en la vida, la que nuestro enemigo nos devuelve y esa porción de nosotros mismos la llamamos odio. Nuestro enemigo puede enseñarnos algo del misterio de la vida; a sentirnos indiferentes, a sentirnos serenos en medio de las contrarias impresiones del dolor y el placer. Y así veis que los hombres, el amigo, el amado, el Gurú, el Maestro, el enemigo, todos nos enseñan algo del valor de la vida.

Y, dando un paso más, aquel que ha aprendido el mensaje que le traen los pocos que viven a su alrededor, empezará a comprender que también los demás hombres le traen un mensaje. Esas miríadas de seres con quienes os tropezáis en las calles de vuestras ciudades, en los trenes, en los tranvías, son hoy para vosotros como un enigma, como un cero; pero llegará un día en que, delante de ese cero, coloquéis un uno y, de repente, llegará a vosotros con la importancia de un diez; tomad una cadena de ceros, poned un uno delante y veréis surgir millones y trillones. De igual manera para aquel que empieza a

vislumbrar las misteriosas cualidades que existen en el hombre, cada uno le trae un mensaje, y la razón fundamental de tal mensaje es la de libertar en cada uno de nosotros algo que se encuentra latente.

¿Qué experimento cuando quiero a un amigo? Desde luego una gran dicha; pero también, algo más. Él liberta en mí la capacidad de amor y ternura y, desde el momento en que estos sentimientos se han libertado en mí, puedo ya darlos a los demás. Y yo que me había creído incapaz para aquello que algo valiera, incapaz de todo sacrificio, me siento preparado para cualquier cosa grande, porque aprendí a amar. Esa acción magnánima existía siempre en mí, pero era necesario que esperara hasta que alguien llegara y llamase, alguien que poseyera la llave de mi puerta y que, al abrirla, me libertase a mí mismo. Siempre es un amigo el que liberta las capacidades ocultas en el otro.

Existen algunos a quienes no podemos amar con la misma ternura íntima con la que amamos a un amigo: tal vez, a éstos, no podemos sino admirarlos; pero decidme: ¿qué es la admiración que sentimos por un héroe, sino el descubrimiento de heroicas capacidades que existen en el interior de nuestro ser? Cuando admiro a un héroe y me siento conmovido por alguno de sus heroicos actos de sacrificio, ¿qué hago sino comprender que existe en mí la posibilidad de convertirme en un héroe? Cuando me hago a mí mismo la promesa de vivir su vida, cuando me alisto como su seguidor, lo que hago es cortar las amarras que me sujetan de manera que pueda elevarme a su nivel. ¿Qué nos sucede cuando visitamos los museos de pintura, admiramos las obras de los grandes artistas? Descubrimos algo como el instinto de la belleza que yace en nuestro interior, y al vivificarla la reverenciamos y comprendemos cuando se presenta ante nosotros. Cuando en esta misma sala, año tras año, se nos deleita con el mensaje de la música y miles y miles la oyen y se sienten arrebatados por ella, ¿qué misterio es el que se realiza? ¿Es solamente la expresión que nos da Beethoven de la grandeza de la vida según él la comprendió y expresó? Ciertamente es esto, pero también mucho más; remueve en los que le oyen esa grandeza de la vida y liberta, en cada uno de nosotros, el oculto músico que está latente en nuestro interior.

Este es uno de los aspectos de la vida; el de que la vida nos está libertando constantemente. De modo que cuando esparciendo la vida a nuestro alrededor vemos a nuestros amigos, cada uno de ellos vitaliza en nosotros la capacidad de la Visión Divina. El héroe vitaliza una valentía que es divina; el artista vitaliza una belleza que existe en nosotros y que es divina. Y así, continuamente, por el intercambio de pensamientos y sentimientos, por el juego recíproco de fuerzas ocultas de hombre a hombre, cada uno se va libertando, descartando nuestro yo percedero y descubriendo algo de nuestra oculta naturaleza inmortal.

Cuando quienes viven buscando la Visión Divina han alcanzado este punto y sienten que todo hombre les trae un mensaje; cuando miran a la humanidad con “esos ojos más grandes”, entonces se presenta ante ellos como parte de esa Divina Visión, una extraordinaria escena. Comprenden que su vida de deber, su vida de tribulaciones, todo cuanto presta al mundo su tinte de oscuridad y tristeza, se ha transformado; es como, si de repente, este mundo se cambiase en un inmenso taller habitado por un poderoso artista que ha constituido cientos y miles de magníficas estatuas, y ese artista los toma por la mano, levanta el velo que cubre a cada una y hace una exposición de las grandes creaciones de sus sueños. Son los “Arquetipos”, denominados así por Platón; esas grandes creaciones que Dios está modelando usándonos como barro; son las manifestaciones fundamentales de pensamiento y sentimiento divinos que la Divinidad trata de vitalizar aquí abajo a través de nuestra humana naturaleza.

Llegado que hemos a esta etapa en la cual observamos a los hombres desde un mero punto de vista, cuando reconocemos que cada uno nos trae un mensaje, entonces, detrás de cada hombre y de cada mujer, empezamos a adivinar primero y a ver después lo admirable del arquetipo divino. Y así como en un museo se nos muestran las geniales creaciones del artista, encontramos la vida llena de las grandes creaciones de Dios, y, en cada hombre y en cada mujer, vemos presente el gran arquetipo, el tipo básico de su pensamiento y de su sentimiento que Dios trata de vitalizar creando, con nuestra naturaleza deleznable y mortal algo inmortal y divino. El legislador y el maestro, el santo y el artista, el filósofo y el científico, el filántropo y el héroe, éstos y muchos otros más, son los arquetipos que constantemente nos rodean por todos lados.

Y al acercarnos a esta visión, aunque sea de un modo pasajero, a esta visión del hombre tal y como Dios lo ve miraréis las caras de los hombres hundidos en la ignorancia y el pecado, débiles y sucumbiendo en cientos de caídas y empezaréis a descubrir los arquetipos detrás de todos ellos y vuestro juicio será completamente distinto del de los demás hombres. Porque entonces, por la primera vez, empezaréis a comprender algo del entrelazo del bien y del mal en el hombre y a independizaros de las etiquetas con que el mundo ha señalado el bien y el mal, y sospecharéis que hay un plan divino organizándose con el bien y el mal que existe en el hombre, con su sufrimiento y su agonía, con su gloria y su renunciamento, que se construye, no para una vida, sino para la eternidad.

Cuando en la sombra del pecador descubráis el arquetipo, podréis comprender por qué peca y, entonces, os compadeceréis de su caída, pues comprenderéis que, aun en sus caídas, se está esforzando por llegar y que,

deslumbrado por la misma luz, se descarría. Nadie peca consciente, intencionalmente; trata el hombre de llegar a ver algo de luz; pero impedido, enredado por las fuerzas oscuras de su pasado, se deslumbra y cae. De ahí que cuando, detrás de cada hombre, hayáis encontrado el arquetipo, tendréis para cada uno una mirada de ternura y exclamaréis con perfecta realidad: “Venid a Mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que Yo os aliviaré”.

La visión del arquetipo divino detrás de cada uno, es el gran mensaje que os trae la vida cuando os halláis preparados para aprenderlo. Por primera vez os aparecerá la humanidad bajo una luz diferente. Y, entonces, todos los hombres, sin distinción de raza, credo, casta o color, el más grande como el más pequeño de la humanidad, a todos los consideraréis divinos.

Nos hemos acostumbrado a señalar solamente como divinos a unos pocos de nuestra humanidad. Cristo, Krishna, Buddha, Zoroastro, Mahoma; a tales seres extraordinarios, los calificamos de divinos, porque sentimos algo de divino en ellos. Tan fuertemente nos impresiona, a veces, su grandeza, que nos sentimos aniquilados en su presencia; podemos pensar en nosotros, únicamente como humanos y, de ellos, pensamos como algo trascendentalmente divino. Sentimos que la vida se ha transformado para nosotros porque han existido estas encarnaciones divinas, porque Dios descendió entre nosotros y “El Verbo se hizo carne”. Pero fijaos que el arrobamiento que el cristiano siente hacia Cristo, el hindú hacia Shri Krishna, la adoración con que el budhista contempla a su Señor y Maestro, esa misma adoración podéis sentirla hacia todo hombre y mujer viviente, pues no existe diferencia, en calidad, entre el más grande y el más pequeño de la humanidad. Todos los hombres poseen la misma admirable naturaleza divina: sólo que, en Cristo, en Krishna, en Buddha, esta naturaleza divina está completamente libertada, mientras que en los que son, para vosotros, un número, cuyas caras nada os dicen, en éstos se halla aún oculta, aún aprisionada. Pero a medida que vais logrando la visión, esa atracción que sentís hacia vuestro amado la haréis extensiva hacia todo el mundo.

¿Cabe creer que sintáis disminuirse la tierna, refinada y admirable grandeza que habéis encontrado en el amor, si se os dijera que la ibais a encontrar en todos los otros sentimientos? ¡Ah! Que hay otra visión posible cuando al posar vuestra mirada sobre aquellos que calificamos de pecadores o de extraños, comprendéis que hay algo en cada pecador o extraño que os incita a bajar la cabeza con reverencia hasta amarlos, a pesar de sus pecados y extravíos. Y porque Cristo, Shri Krishna y Buddha sintieron esas admiraciones, vinieron al mundo para enseñarnos que hay una manera divina de mirar a las cosas.

Dondequiera que tropecéis con un arquetipo, es forzoso que lo améis, que dobléis vuestra rodilla y que lo adoréis. De aquí que exista una nueva visión de la humanidad, cuando seáis capaces de rendir a todos la adoración y de sentir por todos el entusiasmo que concedéis ahora a los grandes Avatares, a las Divinas Encarnaciones. La vida os enseñará de qué manera, al afrontaros con alguien, un forastero de quien nada sabéis, sentir como si se develara de súbito y lo vierais delante de vosotros en una majestad divina y no pudierais abstraeros a la atracción de amarlo y reverenciarlo.

Esta vida que parece tan oscura y árida es susceptible de transformarse con tal de que la acechéis en su transformación. Quien tiene algo de esa visión divina, encuentra esa admirable transformación por todos lados. Es imposible dar completa descripción de este inmenso cambio, pero puede encontrarse, en parte, indicado en las escrituras sagradas del mundo. Y, sin embargo, ¡qué apartadas se quedan de la realidad que cada uno de vosotros comprobará algún día! Es la visión del Uno, indescriptible, magnífica, trascendente, totalmente inspiradora, absorbente, arrebatadora, algo que constantemente está delante de vosotros y que jamás podrán explicar las palabras. Los poetas lo intentan: así en el Bhagavad Gîtâ, el poeta la canta y dice:

Unos consideran el Espíritu como una maravilla, otros hablan de Él como un portento, y otros oyen hablar de Él como un prodigio; pero nadie, aun después de oír, es capaz de comprenderlo.

Es el mismo caso que nos ocurre cuando, delante de una espléndida puesta de sol, miramos y miramos, sin palabras para describirla, y , a medida que se transforma y se enriquece con matices nuevos y la imaginación se da por vencida, apenas podemos decir otra cosa sino: “¡Qué magnífico! ¡que admirable!” Así se manifiesta la vida cuando llega la visión divina. Entonces vemos que todo ser humano que vive es, en realidad, el “Dios verdadero y viviente”. Y llega entonces el momento en que, por muy grande que sea vuestro amor a vuestra religión, vuestro credo, vuestra nación o una clase especial de cultura, traspasáis estas barreras que existen en vuestra imaginación y abandonáis toda cultura, toda religión, toda fe y os prosternáis y adoráis el verdadero y viviente Dios en todas partes.

Muchos de nosotros nos hemos acostumbrado a buscar a Dios en nuestra iglesia particular, en nuestro templo especial. Los hombres, a millones, perciben solamente a Dios muy lejos, en la iglesia, en el templo. Ven a Dios a través de una tradición, a través de una forma especial que les ha sido mostrada. El único camino para llegar a Dios, el Dios tradicional, son los ritos y las ceremonias, las fórmulas y las creencias. Pero cuando habéis visto a Dios

en su verdadero aspecto, no desfigurado a través de una tradición, sino directamente, entonces de súbito, toda tradición se desploma. Decía Shri Krishna a los hindúes que “cuando las aguas de una crecida nos rodean por todos lados, ¿qué necesidad tiene de ir a buscarla en los Vedas? De igual modo, cuando un hombre ha llegado a Cristo, ya no necesita ni iglesia cristiana, ni Antiguo ni Nuevo Testamento, pues Cristo le basta. Cuando un hindú ha llegado a Shri Krishna ya no necesita visitar ni tabernáculos ni templos, ni emprender peregrinaciones, ni hacer sacrificios, ya que para él, todas estas cosas han perdido su significado. Puede seguir, sin embargo, algunas veces, en la práctica de una ortodoxia, pues, según observa el Bhagavad Gîtâ, si el sabio quiere que todos vivan de acuerdo con el nivel que ha alcanzado, hará que los niños no le sigan y que caigan. Pero si aun practica, no condicionará sus prácticas a las estrechas formas de la religión, ni esclavizará su mente dentro de los reducidos límites marcados por las iglesias. ¡Qué verdad es que únicamente algunos pocos pueden ver siempre a Dios cerca! Ojalá que aún éstos pidiesen verlo de cerca.

Frecuentemente nos quejamos de que buscamos a Dios y no lo encontramos. ¿Pero, lo buscamos por medio de sacrificios o queremos llegar a Él y pedimos que quiera Él aparecérsenos en la forma particular de unas imágenes por medio de las cuales nos ofrecemos a Él? Nos acercamos a Él con nuestro tipo particular de aspiración y decimos: “Dios mío; llegad a mí a través de éste mi personal deseo”. De esta manera lo limitamos impidiendo que llegue a nosotros en aquella forma en la que Él deseaba venir. Ojalá llegásemos a comprender que Él necesita libertad absoluta para su manifestación; que no debemos llegar a Él arropados en nuestro credo, nuestra religión, nuestra cultura, sino que, por el contrario, debemos ofrecernos completamente desnudos, preparados a vestir aquel ropaje que Él mismo va a darnos; entonces veremos la faz de Dios a quien anhelamos ver.

¡Cuán repetidamente se ha dicho que si nosotros damos un paso hacia Dios, Él da diez hacia nosotros! ¿Por qué, pues, afanarnos por venir a estas salas de conferencias, como en la que nos encontramos, buscando a Dios?; es porque no hemos aprendido la dirección en que hemos de dar el paso hacia Él, para que Él de los diez pasos hacia nosotros. El día en que hayáis visto la faz de Dios, ya no necesitaréis conferencias, libros, iglesias, misas ni ceremonias. Dios es omnipotente y Su faz se nos mostrará en todo y en todas partes del mundo. Con cuánta verdad dijo el místico Jorge MacDonald, quien debió alcanzar algo de la Visión Divina:

Oh Dios de las estrellas y espacios infinitos,
Dios de la libertad y de los corazones gozosos;

Cuanto Tu faz se asome a la faz de los hombres todos
Habrá lugar bastante en los populosos mercados
Si tú me cobijas, pasó el ruido;
Tu universo es el aposento en que moro a puerta cerrada.

Si supiéramos buscar a Dios por el camino por el que Él nos busca, todos Sus magníficos dones distribuidos en le Universo, serían nuestros en este momento. Cuando consigáis realizar la Visión Divina en el hombre; cuando algo de esa visión llegue a vosotros, usando como instrumento al amigo, al amante, al maestro, al desconocido o al enemigo y empecéis a comprender algo de lo que es esa visión del hombre, entonces sentiréis el deseo de libertarlos a todos de su esclavitud. Y sabed que todo hombre y mujer, aun los que viven, en este momento, en los barrios más sórdidos de Londres, París y Berlín, o en cualquier otra parte donde hay corrupción y miseria, es un alma como un brillante de inestimable valor. Salís a la calle; tropezáis con caras enfermizas, ignorantes, degradadas y, en ellas, sólo veis el principio del hombre emancipándose del animal. Pero hay otra visión distinta, en el momento en que comprendéis que, detrás de cada ser, hay un estupendo mensaje que la vida ansía revelaros; cada uno de ellos, el ignorante, el pecador, tienen una palabra que comunicaros sobre la vida y, mientras esa palabra no se pronuncie, el mensaje que la vida os reserva no será completo.

Y al encontrar por doquiera los arquetipos de Dios, trabajaréis por el hombre y comprenderéis la nobleza del sacrificio que hagáis por los hombres. ¿Qué importancia tendrá para vosotros, entonces, si Dios es una Trinidad o una Unidad, y hasta si Dios existe o no? Habréis encontrado el supremo Dios Director en este mundo, aquí abajo, en todas sus miríadas, y ellas os dirán cuál es la vida de Dios, y, sin ellas, no entenderíais cuál es la naturaleza divina. En aquel momento es cuando la vida empieza, para vosotros, por la primera vez. Nos figuramos comprender la santidad cuando en la iglesia, en el templo sentimos algo que se transforma en nosotros; pero ello es solamente el principio de la santidad; pero cuando sintáis ese arrobamiento en los barrios mas abyectos y en presencia del pecador, entonces, y por vez primera, la santidad se vivificará en vosotros en su total esplendor. Una y otra vez clamamos: “¡Dios mío, Dios mío!” y levantamos nuestros ojos al cielo, ¿pero por qué, en vez de esto, no miramos a las caras de nuestros hermanos? Con que tuviéramos solamente ojos para mirar, allí encontraríamos, palpable, el misterio de Dios. Todos los Testamentos, todos los Vedas, todos los Tripitakas, todos están, como páginas abiertas, en las caras de esos hombres y mujeres que nos rodean por todos lados. La humanidad es el gran libro de la revelación divina. Su extraordinario mensaje es que cada hombre es un antídoto contra todas las maldades del mundo. Es completamente cierto que

Dios existe; que Su poder está aquí, allí, y en lo más alto. Todo lo que las religiones nos han enseñado sobre la Naturaleza de Dios es absolutamente cierto; pero les ha faltado enseñarnos la Naturaleza Divina del Hombre. Les falta enseñarnos que cada uno de nosotros lleva en su interior ese portentoso misterio de que cada hombre es, al mismo tiempo, iglesia y templo; que cada individuo es no sólo el adorador, sino también el adorado; que el Sacrificio Divino tiene lugar no sólo en edificios consagrados, sino también en las mentes y en los corazones de las miríadas de seres que nos rodean.

La venida de cada Instructor tuvo como razón enseñarnos ese mensaje. ¿Por qué vino Cristo a Palestina? ¿Fue sólo para que los hombres cayesen a sus pies y, Lo adorasen? No; vino para demostrar que cada uno podía vivir la vida del Cristo. ¿Por qué bajó Shri Krishna entre nosotros? ¿Para afirmar que era un nuevo Avatar? No; sino para enseñarnos que cada uno podía vivir la vida de Brahma revelado. ¿Por qué vino el gran Buddha? Fue para decir, como dijo: “Yo, como vosotros, soy un hombre en medio de los hombres; he luchado, y, ahora, mi puesto es el de Salvador de la humanidad, para mostraros a todos que si halláis el sendero y vivís la vida, vosotros también estaréis donde Yo estoy”. Es para mostrarnos que esa Visión Divina de la que ellos son capaces es también asequible para nosotros y que los más grandes del mundo han venido y volverán una y varias veces. Este es Su regocijo en el sacrificio; miles de veces vendrán Ellos, a fin de que millones de nosotros nos sumemos a Ellos, para formar Su ejército en posesión de Su Visión Divina.

Hermanos: aún tiene que empezar para nosotros lo admirable de la vida; y empezará cuando esas almas que en busca de la comprensión del misterio de la vida y del misterio de Dios han elevado constantemente sus miradas al Cielo, las dirijan hacia abajo, hacia los hombres, y buceen en sus corazones, y descartando todo prejuicio de raza y de color simpaticen con todos los hombres, trabajen y se sacrifiquen por ellos. Allí en Regent Street² se encuentra el misterio de Dios y allí, conforme vais andando, encontraréis en Regent Street que la Visión Divina está preparada para saltaros a la vista, con tal que viváis como vivieron los más Grandes en la tierra. Podéis lo mismo que Ellos vivir esa vida si al haberos alistado bajo la bandera de vuestro Maestro, el Cristo, os sentís dispuesto a abrir vuestros brazos y exclamar: “Venid a Mí los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que Yo os aliviaré”. Si cada uno de vosotros se sintiera cristiano en esta forma, sería prueba evidente de que habéis alcanzado la Visión Divina, y, de rechazo, comprenderíais cuál es Su naturaleza, la verdadera naturaleza de vuestro Maestro.

² Estas conferencias se dieron en Londres. Regent Street es una de las principales calles de la ciudad.

Lo mismo sucede con cuantos siguen una fe determinada; si en vez de levantar a su Instructor un pedestal y de colocarlo en él, se deciden a levantarse hasta alcanzar el nivel del Instructor, y aunque cuenten a miles sus caídas tiene el decidido propósito de igualar a su Maestro, entonces puede asegurarse que llegarán al logro de la Visión Divina. Esta visión divina está hoy pronta a irrumpir hacia vosotros porque, en cierta medida, os habéis hecho libres y habéis comprendido algo de la más dilatada cultura del mundo: vuestros corazones se han abierto a muchas más religiones que la primera que conocisteis y empezáis a sentirlos capaces de hollar el camino hacia la deificación. Para algunos de vosotros sólo unos pocos sacrificios más son requeridos. Si os decidís a hacer esos sacrificios, apartando todo cuanto limita, incluso la nacionalidad y las estrechas ideas que se proclaman como única forma de patriotismo; si os eleváis a una más alta concepción de la humanidad; si os constituís vosotros y vuestra patria en cáliz en el cual ofrecer el divino sacrificio y no como rival de otro cáliz cualquiera, sea cual sea, entonces se extenderá claro delante de vosotros el camino hacia la Visión Divina y daréis principio a la gran transformación de la vida.

La vida no está, en estos momentos, radiante de esplendor ¡hay tantas espinas debajo de las rosas, tantos agobios, tantas angustias! y, sin embargo, a través de esa oscura nube de sufrimiento podréis percibir una admirable melodía, pues en su centro anida el amor. Ese canto os recordará vuestra alegre naturaleza y sentiréis que las sublimidades de lo Bueno y lo Amable y vosotros, sois uno, no dos. Podéis ser poseedores de todos esos tesoros del Reino de Dios. No están apartados en altas esferas celestiales, esperando para ofrecerse a vuestro disfrute que hayáis muerto y subido al los cielos; los cielos y todos sus esplendores vendrán a vosotros con tal de que viváis y trabajéis por la Visión Divina.

No creáis, pues, hermanos, que la espiritualidad se consigue con asistir a ceremonias, oír conferencias y leer libros. Es, por el contrario, cuestión de escudriñar el corazón de los hombres, compartiendo sus alegrías y sus angustias y de comprender que vosotros, por vuestra condición de ser un poco más viejos y un poco más fuertes que muchos, podéis sostener al débil y purificar los fondos cenagosos del mundo. Comenzad a trabajar valerosamente por la vida integral y llegará a vosotros, inevitablemente, la Visión Divina del Hombre.

II

LA VISION DIVINA DE LA NATURALEZA³

En nuestro empeño de comprender el sentido de la vida, he puesto como punto primero “La Visión Divina del Hombre” y, como tercero y último, “La Visión Divina de Dios”, colocando entre los dos “La Visión Divina de la Naturaleza”.

La palabra “Naturaleza” nos trae la idea de lo que no es Dios y de lo que no es Hombre. Cuando nos abandonamos a la contemplación del mundo en el aspecto que nos mueve en nuestras emociones más hondas elevándonos con aspiraciones religiosas, usamos de la palabra “Dios” para describir nuestro concepto de la majestad infinita de las cosas; de igual manera, cuando se nos representa la tragedia del Hombre, pensamos en el “Hombre” como diferente de “Dios”. Y de la Naturaleza, pensamos como el mundo de las cosas inanimadas y que no participa de la condición de Dios ni del Hombre.

En el uso corriente de la palabra, designamos por naturaleza el cielo, el mar, los bosques, las selvas y cuando decimos que ansiamos huir hacia la naturaleza, entendemos que es apartarnos de donde los hombres tienen sus residencias. Algunas veces usamos también la palabra Naturaleza como indicando la vida en su forma sub-humana de plantas y animales. Hay, sin embargo, otra tercera aplicación de la palabra Naturaleza, que emplea, con especialidad, el científico, cuando se refiere al proceso de la Eternidad en la cual existimos. Cuando contempla las estrellas y los planetas, cuando llega a la comprobación de poderosas fuerzas cósmicas activas, usa también la palabra Naturaleza para incluir en ella la totalidad del proceso de evolución.

¿Qué es esa Naturaleza que nos rodea por todos lados, de la cual formamos parte y que, en ocasiones, nos domina en forma tan definitiva que nos sentimos completamente impotentes enfrente de ella? Si abordamos este tema desde el punto de vista del conocimiento moderno personificado por la ciencia, diremos que la Naturaleza es un proceso mecánico. Todos los fenómenos naturales, afirma el científico, son el resultado de fuerzas que empezaron con el principio del tiempo. Si la Tierra gira sobre su eje, es porque la Tierra recibió de la nebulosa original, en la que empezó su condensación, un movimiento giratorio. Si en el agua, expuesta al aire, aparece una vida bacteriana, dice el científico que es “natural”, pues al existir gérmenes en el aire nada tiene de extraño que se propaguen en el agua al encontrar en ella un medio a propósito.

³ Conferencia dada el 15 de mayo de 1927 en “Queen’s Hall”, en Londres.

En términos generales puede decirse que la actitud que adopta el modernista, respecto a este problema, es la de afirmar que es algo mecánico; no tan completamente, sin embargo, que no tropecemos, de vez en cuando, con algún científico que sospeche que el misterio de la Naturaleza no quede bien explicado con sólo enunciar esa sentencia. Permitidme que os de la descripción que ofrece Huxley de un proceso natural y encontraréis que, con visión intuitiva, le asalta la sospecha de que tal vez la Naturaleza no sea, en definitiva, tan mecánica como se pudiera creer.

“El estudiante de la Naturaleza admira más y se sorprende menos a medida que se hace familiar con sus operaciones; y de entre todos los constantes milagros que le ofrece su observación, tal vez lo que más fuertemente reclamará su admiración será el desarrollo de una planta o de un animal desde su embrión –observad los huevos, recién puestos, de una salamandra o de una lagartija. Son un minúsculo esferoide en el que el microscopio más potente no revelará sino un ser sin estructura, conteniendo un fluido viscoso con gránulos en suspensión. ¡Pero qué extrañas posibilidades yacen dormidas en ese globo semifluido! Que una moderada cantidad de calor llegue a esa cuna acuosa y en aquella sustancia plástica se operarán cambios tan rápidos y, al mismo tiempo, tan regulares y tan intencionados en su sucesión que pueden compararse a los que toma una informe masa de arcilla en las manos de un hábil modelador, como si con una llana invisible, aquella masa se dividiese y subdividiese en proporciones cada vez más pequeñas hasta quedar reducido a un agregado de gránulos del tamaño justo para construir los más sutiles tejidos del naciente organismo. Y parece, entonces, como si un dedo delicadísimo trazase la línea que ocupará la espina dorsal y modelase el contorno del cuerpo, acusando la cabeza en un extremo y la cola en el otro, formando lados y miembros de acuerdo con las proporciones de la salamandra, por un procedimiento tan artístico que, después de observado el proceso durante algunas horas, llega uno a aceptar la creencia de que, con una más sutil ayuda que la que puede proporcionarnos el microscopio acromático, veríamos el oculto artista, con su plan delante, afanándose con hábil manipulación en completar su obra”⁴.

Aquí tenemos un ligero atisbo de una nueva visión de la Naturaleza al borde de cuyo descubrimiento casi llegó Huxley. En efecto; si miráis la creación a vuestro alrededor, por ejemplo, en el decorado de los animales, especialmente de los pájaros, no podréis abstraeros al sentimiento de la existencia de un artista detrás de todo ello y de que la Naturaleza es ese artista exquisito; comprenderéis que la Naturaleza no puede ser únicamente

⁴ Lay Semons, capítulo “Origen de las especies”.

mecánica, pues hay tan proporcionada belleza en las cosas naturales, tal cualidad de belleza creativa que es la desesperación del artista.

Todos conocemos la explicación del no-mecanismo de la Naturaleza que nos dan las religiones. Se nos dice que Dios creó las cosas y, de ahí, que todo cuanto existe debe manifestar la mano de Dios. En los antiguos tiempos, en Grecia, postulaban que el universo era la expresión de la Razón Divina, a la cual daban el nombre de Logos. De igual manera, en la India antigua el Budhismo, religión que excluye una Divinidad o creador, señalaban el proceso de la Naturaleza en sentido inteligente e idealístico y una Ley o Dharma eterno “que opera hacia la Justicia” y que está obrando desde el principio del tiempo.

Pero al llegar al hinduismo como religión, encontramos, de modo perfectamente determinado, el concepto de que toda la creación, eso que llamamos evolución, es la obra de un Creador que trabaja para edificar; así que, lo que llamamos Naturaleza no es una mera ocurrencia, sino un propósito planeado y definido.

Permitidme que cite aquí, tomándolo de uno de los antiguos libros hindúes, la manera con que relata el mito de la gran historia de la creación. De igual manera que encontramos en el *Génesis* un ensayo, en forma de mito, de lo que significa la Naturaleza y cómo, detrás de ello, existe un constructor que trabaja, también en la India antigua encontramos en forma gráfica, una manifestación de la idea de Uno que construye y destruye y construye de nuevo. Este poderoso personaje se llama *Prajâpati*, el “Señor de las criaturas”. Voy a citarlos las finas y concisas palabras de este mito del constructor que vive detrás de cuanto existe.

“En el principio, en verdad, el Universo no existía. Entonces deseó Prajâpati: ‘Pueda ser yo más de uno; pueda yo reproducirme’. Labró practicando austeridad.

Cansado por el trabajo y la austeridad, creó primeramente a *Brahman*, la Triple Sabiduría.

Descansando sobre este cimiento, nuevamente practicó austeridad.

Creó las aguas de *Vach* –la palabra-. Llenó así todo lo existente.

Deseó: ‘Pueda yo reproducirme por esas aguas’. Se infiltró en las aguas con aquella Triple Sabiduría. De ello salió un huevo. Él lo tocó.

‘Que exista; que exista y se multiplique’, dijo.

Todo este universo aparecía en la sola forma de agua.

Deseó: ‘Pueda ser él más de uno; pueda él reproducirse a sí mismo’.

Trabajó y practicó austeridad, creó la espuma.

Se dio cuenta de que ‘Esto aparece diferente; ya está convirtiéndose en más de uno; debo trabajar fuertemente’.

Agotado por el trabajo y austeridad creó la arcilla, el barro, el suelo salitroso y la arena; guijarros, rocas, minerales, oro, plantas y árboles; con ellos vistió la tierra.

Habiendo creado estos mundos deseó: ‘Pueda yo crear tales criaturas que sean más en esos mundos’.

Por su mente entró en comunicación con la palabra; se sintió en preñez, creó los Todo-dioses; los colocó en las regiones”⁵.

A través de estas antiguas ideas es como volvemos a un concepto de la Naturaleza, del cual nos habíamos separado largo tiempo atrás, cuando construíamos nuestra moderna civilización y es el de que la Naturaleza es ética. Creemos que nuestros códigos de ética pueden sólo provenir de la experiencia humana; puesto que somos hombres damos por sentado que el bien y el mal pueden sólo llegar a nuestro conocimiento enseñados por otros hombres que trataron de vivir rectamente y que sufrieron por vivir en forma desviada. Pero en antiguos tiempos, por ejemplo en Grecia, se consideraba a la Naturaleza como el maestro de lo que es bueno y malo. Afirmaban que los planetas se mueven como lo hacen, porque hay un impulso justo y otro impulso injusto en el movimiento de un planeta. Esta misma base moral en los fenómenos naturales la hallamos en un mito emocionante y sencillo de la India antigua.

No estaría de más que llegase aquí vuestra atención acerca de que el hindú antiguo lo mismo que el moderno tiene, respecto a lo que llamamos “mal”, una actitud que difiere en algo de lo que encontramos generalmente en el Oeste. La actitud corriente de la cristiandad es la de que, si existe un diablo, lo mismo que sea un diablo cósmico que miríadas de pequeños diablillos, todos ellos existen contra la voluntad de Dios y deben, por consiguiente, ser destruidos. El hindú ve en el “mal” lo que los místicos llaman “el lado oscuro del bien”. Síguese de aquí que no debéis sorprenderos cuando los demonios funcionan al lado de los ángeles y de los hombres, ni tampoco cuando veis que el Señor de las criaturas, Dios mismo, está en perfectas relaciones de amistad con los demonios.

1º Los triples descendientes de Prajâpati, ángeles, hombres y demonios vivían como estudiantes con su padre Prajâpati.

Habiendo acabado sus estudios, dijéronle los ángeles: “Señor: decidnos algo”. Él les contestó con la sílaba “*Da*”. Dijo entonces: “¿Habéis comprendido?”. Ellos contestaron: “Hemos comprendido: nos dijiste, Dâmayata; dominaos”. Dijo Él: “Sí; habéis comprendido”.

2º Dijéronle entonces los hombres: “Señor, decidnos algo”. Él les contestó con la misma sílaba “*Da*”.

⁵ Shatapatha Brâhmana, VI, II S.B.E.

Dijo Él entonces: “¿Habéis comprendido?”, contestaron: “En verdad hemos comprendido, nos dijiste *Datta*; dad”. Dijo Él: “Sí; habéis comprendido”.

3º Dijéronle entonces los demonios: “Señor, decidnos algo”. Les dijo la misma sílaba “Da”. Dijo entonces: “¿Habéis comprendido?” Contestaron: “En verdad, hemos comprendido; nos dijiste *Dayadhvam*; sed generosos”. Dijo Él: “Sí; habéis comprendido”.

La voz divina del trueno repite la misma Da Da Da, es decir: dominaos, dad, sed generosos; por consiguiente que se divulgue esta tríada. “Autodominio; Ofrenda; Generosidad”.⁶

No me atrevo a asegurar cuál de los dos conceptos que nos presentan acerca de la naturaleza del trueno sea la más importante para nosotros como seres humanos; si el de la ciencia que nos dice que es una descarga eléctrica o el de los hindúes, quienes afirman que la voz del trueno nos dice que seamos fuertes en dominarnos, que seamos caritativos y bondadosos.

Hubo un tiempo en la historia del mundo en la que los hombres creyeron que la Naturaleza toda tenía un sentido ético, y en la que los elementos en su manifestación nos daban lecciones; el sol salía y después se ponía, no para su propio beneficio, sino para enseñarnos algo del misterio de Dios. Este concepto de la naturaleza ética de cuanto existe, lo encontramos vagamente vislumbrado en algunos poetas, entre ellos especialmente Wordsworth, cuando, por ejemplo, habla de sus sentimientos y dice:

La más ínfima flor puede a mi ver
Despertar pensamientos harto profundos para las lágrimas.

En esto “las lágrimas en las cosas”; la sabiduría de las cosas sobre las que nos hablan los antiguos hindúes en algunos de sus magníficos himnos en alabanza de los fenómenos de la Naturaleza, en el Rig Veda, en alabanza del Sol visible que nos da calor y vida; del Sol oculto que nos impulsa a todos los hombres a desdoblar nuestra divina naturaleza interior, en alabanzas de los vientos, de las tempestades, del fuego, de los relámpagos, y en alabanza de ese admirable y exquisito ser Ushas, la Virgen Aurora. Nos hemos apartado tanto de la Naturaleza en los días actuales, que cuando leemos estos antiguos cantos, exclamamos que son sólo imaginaciones poéticas; y, sin embargo, me queda el recelo de que sean algo más que imaginación poética. Porque, ¿qué queremos decir con esta frase? Podremos pronunciarnos sobre ello cuando primero definamos qué es imaginación y qué es poesía. Tal vez entonces

⁶ Brihad Aranyaka Upanishad v.2 S.B.E.

sabremos que cuando los sabios y los videntes miraban al Sol y recibían el influjo de su mística grandeza y percibían su fuerza poderosa actuando sobre ellos, tenían con su intuición una visión de una verdad mucho más profunda que la que cualquiera de los manuales de física o de astronomía pueden darnos al presente.

La Visión Divina de la Naturaleza se abre por varios cauces, pero de ellos escogeré sólo cuatro como representación de cuatro temperamentos, de cuatro avenidas por las cuales podemos acercarnos a tan magnífica visión.

Una es por la reverencia hacia la Naturaleza. Esta avenida de la adoración de la Naturaleza es, por decirlo así, la más antigua. Encontramos en todos los pueblos primitivos un sentimiento de algo misterioso en la Naturaleza que debe ser adorado. El salvaje que ignora que el trueno es una descarga eléctrica, adora al trueno, adora al volcán, aún ignorando cuál es la causa de la erupción; nada tiene que ver que, por el momento, desconozca las leyes de la Naturaleza; el punto capital en que fijarse es el de que el salvaje adopta una actitud de profunda reverencia; que se desposee de su personalidad, y que, aunque por corto tiempo, ve aquello que está fuera de sí mismo “como es”. Mira a la Naturaleza con miedo, pues, en verdad, la Naturaleza es aterradora. La Naturaleza es, sin duda, atemorizante; y no es cosa liviana, aún para el salvaje; desposeerse de la naturaleza salvaje y caer prosternado en adoración, ante algo que tan digno es de ser profundamente adorado. Pero no es sólo el salvaje quien reverencia la Naturaleza, ya que es característico en las más adelantadas civilizaciones que, cuanto mayor cultura alcanzaron los hombres, más fuertemente sienten, por intuición que en la Naturaleza vive el instinto de un Fuerte Poder, de una Fuerte Sabiduría. Los más elevados entre los hombres también adoran la Naturaleza. A pesar de que poseen un claro conocimiento científico de lo que la Naturaleza sea, cuando vitalizan la parte más alta de su naturaleza, comprenden que las rocas y la nubes tienen otro significado para ellos y que les impele a una máxima admiración. No creo que exista, en inglés, una expresión más brillante de la adoración de la Naturaleza que el poema de Tennyson “El más alto Panteísmo”, donde, escribiendo para el mundo moderno, trata de expresar cuál es el sentimiento de aquellos más evolucionados que han alcanzado su más completo desarrollo.

El sol, la luna, las estrellas, los mares, las colinas y los llanos
¿No son todas estas cosas, oh alma, la visión de Aquél que reina?
¿No es la visión Él, por más que Él no sea tal y como parece?
Los sueños son verdaderos mientras duran, y... ¿no vivimos en sueños?
La tierra, las sólidas estrellas, el peso del cuerpo y de sus miembros,
¿no son la señal y el símbolo de tu separación de Él?

Oscuro es el mundo para ti: tú mismo eres la razón del por qué;
Pues, ¿no es Él todo menos aquello que tiene el poder de sentir “yo soy yo”?
La gloria te rodea, la gloria está fuera de ti; y tú cumples tu destino
Trocándolo a Él en fragmentarios destellos y ahogando Su esplendor en lobreguez.
Háblale, pues, que Él te escucha y el Espíritu puede hallarse con el Espíritu.
Él está más junto a ti que el aliento y más cerca que las manos y los pies.
Dios es la ley, dicen los sabios; regocijémonos, oh Alma,
Que si Él truena por la ley, el trueno es todavía Su voz.
La ley es Dios, dicen algunos; y el ignorante: No hay Dios;
Y es que nuestro ingenio sólo alcanza a ver cómo el palo derecho se trunca al
sumergirlo en la alberca;
Y el oído del hombre no alcanza a oír;
Y el ojo del hombre no acierta a ver;
Mas si alcanzáramos a ver y a oír, ¿no sería Él esta visión?

Y a lo largo de este sendero de la adoración de la Naturaleza, empieza uno a dar los primeros pasos en ese viaje hacia la gloriosa Divina Visión de la Naturaleza.

Hay una segunda avenida por la cual acercarnos y es el estudio de la Naturaleza, usando, por ejemplo, del estudio que pone hoy a nuestro alcance la ciencia moderna. Propendemos a creer que la ciencia nos privará de ese sentimiento de reverencia. Jamás podrá la ciencia privarnos de ese sentimiento de reverencia, siempre que la ciencia, en la cual nos apoyamos, posea el conocimiento verdadero y completo. Nunca la ciencia nos robará la fe. No puede existir conflicto entre la Fe y la Razón, aunque puede haber divergencias entre la fe y las razones. Presentad una razón y la ciencia se revela; presentadla justa, y la ciencia y lo más elevado del hombre empiezan a sentir ese sentimiento de reverencia. Ese es nuestro caso, el de los teósofos, quienes sentimos profundamente que, a medida que conquistamos más ancho campo de conocimiento en los varios departamentos de la ciencia, más amplia es la visión que tenemos de la Obra Divina. Para nosotros, toda visión de las ciencias en su moderno afán de llegar al conocimiento, es una ayuda para una más completa comprensión del poderoso evolucionar del universo. Lo mismo es la biología que la astronomía, la física que la química; sea cual fuere el estudio, si profundizáis en él lo bastante, llegaréis a la visión de la Mente Divina en su actividad.

Este es uno de los aspectos más hondamente inspiradores que nos trae el estudio de la Naturaleza y es que, al comprenderla, la comprensión de su vigoroso proceso nos lleva a una máxima reverencia. Permitidme que os cite la comprensión que de la Naturaleza tenía, hará de ello unos 70 años, Tomás Erskine, de Linlathen, un anciano escocés. No existía, en aquel tiempo, la centésima parte del conocimiento que tenemos actualmente de la Naturaleza,

y, sin embargo, sin más recursos que los que la ciencia de entonces ofrecía, llegó a la admirable conclusión que vais a oír:

“Evidentemente nos encontramos en el centro de un proceso, y la lentitud del proceso de Dios en el mundo material nos prepara, o debe prepararnos, para algo parecido en el mundo moral; en forma tal que debemos permitirnos confiar en que Él, que ha usado edades sin cuento en la formación de un pedazo de arenisca roja, no habrá limitado a unos setenta años el perfeccionamiento del espíritu humano.

¡Qué prodigiosa lección nos da el examen de las rocas en la Naturaleza! Otra lección, en la cual ya se aprovecha la mayor expansión a que ha llegado la ciencia, la encontramos en los conocidos versos de W. H. Carruth, profesor de ciencia:

CADA UNO EN SU LENGUA

Un vapor ígneo y un planeta,
Un cristal y una célula,
Un pez viscoso y un saurio,
Y cavernas donde habiten los hombres trogloditas;
Luego un principio de orden y belleza,
Y una faz que se torna apartándose del terruño;
A esto llaman algunos Evolución
Y otros llaman a esto Dios

Neblina en el lejano horizonte,
El cielo suave e infinito,
El colorido rico y sazonado de los trigales
Y los patos silvestres cerniéndose en lo alto,
Y tanto en las tierras altas como en las bajas
El encanto de las candelarias
Unos llaman a esto Otoño
Y otros le llaman Dios

Cual vienen las mareas sobre la playa cóncava
Cuando apenas la luna nueva empieza a brillar,
Así vienen del místico océano
Que borbotean y azotan, en nuestros corazones;
Así vienen del místico océano
Cuyo borde no ha hollado pie jamás;
Y a esto hay quien llama Anhelos
Más otros llaman a esto Dios.

Un centinela que quedó helado cumpliendo con su deber
Una madre que muere de hambre por sus hijitos,

Sócrates que bebe la cicuta
Y Jesús sobre la cruz;
Y, así, millones de seres que humildes y anónimos
Se afanan en la senda dura y recta;
A esto llaman algunos Consagración,
Más otros llaman a esto Dios.

Ciertamente en estas palabras del poeta científico hallamos una revelación de la Naturaleza, cuando llegamos a ella con la más aguda y profunda inteligencia.

Otra posible visión de la Naturaleza es la que sentimos amándola.

Establezco la diferencia entre la reverencia y el amor por la Naturaleza, porque en la reverencia sentida hacia ella hay, como si dijéramos, una barrera entre el Hombre que adora y la Naturaleza que es adorada. Pero cuando llegamos al amor de la Naturaleza, siente el Hombre un deleite en su parentesco con el cielo, con las nubes y los animales; cada pequeña cosa en la Naturaleza habla de fraternidad, de ternura, de lo que siente un hermano menor por el mayor. Es este sentimiento de amor exquisito el que encontramos constantemente en Wordsworth. Aunque algunas veces resulta prosaico, y por algunos tildado de pesado, queda siempre en preeminente lugar entre los poetas ingleses porque, a través de todos sus poemas, hay una intensa confianza en la Naturaleza y algo, a manera de eslabón, que une a la Naturaleza con el hombre.

Fue Wordsworth quien, el primero, atisbó el sorprendente misterio de dos tipos de almas entre los hombres; el alma de los mares y el alma de las montañas. A medida que nos adentramos en la Naturaleza y aprendemos a amarla, llega a nosotros una impresión de completa hermandad como del niño hacia la madre, del hermano hacia la hermana, del amigo hacia el amigo y ello hace posible en nosotros una nueva visión, una Divina Visión de la Naturaleza.

Llegamos a la cuarta avenida por la cual acercarnos a la Visión Divina y es por el remodelado de la Naturaleza. ¿Me preguntarais que qué entiendo yo por el remodelado de la Naturaleza? ¿Cómo podremos remodelar la Naturaleza, ya que la Naturaleza es la Naturaleza y, tal vez, haya una Divinidad detrás de sus obras? ¿En qué forma puede el hombre, por consiguiente, remodelar la Naturaleza? Eso es precisamente lo que el hombre hace como artista. Cuando el hombre ha contemplado numerosas puestas de sol, con su naturaleza artística muy despierta y luego, bajo la inspiración de una puesta de sol especial, pinta un cuadro, no vierte en él la Naturaleza que ve o que vio y que, con mucha mayor exactitud podría reproducir una cámara fotográfica; y su creación en el cuadro, aunque reproduzca una puesta de sol

de la Naturaleza que jamás es la misma ni un segundo, es la creación de una Naturaleza permanente que no cambia.

Es la misión del Artista, en cada departamento del Arte, sorprender lo transitorio y dejar reproducido el tipo permanente, el “Arquetipo” que Platón diría. Y, de ahí, que cuando pinta o compone o esculpe, o crea una danza o escribe un poema –la forma del arte en el cual se especializa no tiene importancia- remodela la Naturaleza. Permitidme que os explique la manera cómo la Naturaleza ha sido remodelada por un hombre: me refiero a Wagner y la manera cómo ha descrito la Naturaleza. Tomemos, para ejemplo, los murmullos de la selva de Sigfrido. En esos murmullos de la selva, no encontramos los murmullos de las selvas de todas partes: por eso, cuando el verano ha desaparecido con sus hojas, cuando el mundo está frío y helado, los murmullos de la selva, de Wagner, nos harán sentir nuevamente el verano; cuando nos compenetramos con la significación de la música-naturaleza de Wagner sentimos que él nos da la selva eterna, el eterno fuego o el agua eterna; cuando oímos el llamamiento de Donner y los vapores se esparcen a su alrededor y las “esencias elementales” del agua surgen presurosas en respuesta a la música, nos abrimos al aspecto de la Naturaleza que pudiéramos llamar permanente.

Artista es quien es capaz de remodelar la Naturaleza y ofrecernos aquello que dura eternamente perfecto e inseparable de nuestra vida imperecedera. Esto es lo que quiero decir al afirmar que la obra del artista es el remodelado de la Naturaleza.

Sea cual sea nuestro camino de acercamiento a la Naturaleza por adoración o por amor, por estudio o por remodelado, empezamos a descubrir en ella ciertos poderosos misterios, y, de entre éstos, uno que es fácil de descubrir es su formidable poder que algunas veces se nos presenta como brutal. Cuando Tennyson contempla la Naturaleza, la encuentra muy “solicita para el tipo” y muy cruel para el individuo. Ocurre a veces que cuando os encontráis en presencia de uno de los formidables aspectos de la Naturaleza – el Niágara, los Himalayas, un temporal en el mar- sentís que todo es poder, poder brutal ante el cual para nada cuenta el hombre. Pero trascended esta etapa y empezaráis a sentir os uno con ese poder. Sentiréis que el Niágara os habla de un poder de Niágara dentro de vosotros; que las grandes cordilleras os hablan de un poder y una paz semejante al suyo; el temporal del mar os explicará el misterio de vuestras propias tempestades de amor y desesperación. La Naturaleza liberta de nuestro interior el sentimiento de poder.

Al observar la Naturaleza a través de la visión de adoración, de estudio, o por cualquier otro medio por el cual tratemos de comprenderla de acuerdo con

nuestro temperamento, empezamos a sentir el ritmo de la vida; el conocimiento de la Teosofía nos hace comprensible este ritmo de la vida; cómo llega la vida, se reviste de una forma, crece y, cuando ha alcanzado el límite de su desarrollo, se extingue para, pasado un tiempo marcado, volver de nuevo. Estas renovadas entradas y salidas de la vida nos indican algo de su gran ritmo, de los cíclicos procesos de las cosas; de cómo la Naturaleza tiene su ley cíclica y cómo los mismos ciclos, se encuentran en el hombre, ya que el ritmo es universal en todo. Un paso más y llegamos a la certeza de que ese ritmo no es mecánico, algo así como un hado triturador, sino una Danza de Vida, esa admirable Danza de Shiva el Destructor, el primer aspecto de Dios, del que nos habla la tradición hindú. Shiva, siendo el poderoso Destructor, sólo destruye para dar a la vida oportunidades de construir de nuevo. De ahí que nos revele Shiva el inmenso ritmo de la vida, en el que se contiene los elementos de júbilo, de expresión de creación y de liberación.

Por todos estos caminos empieza el hombre a sentir el misterio de la Naturaleza. Entonces “naturalmente” –y empleo este término deliberadamente ya que muestra el proceso lógico de cuanto es-, el hombre empieza a cambiar como ser humano viviente. Su primer cambio consistirá en la certeza de que la Naturaleza es algo lleno de vida, pues al mirar a las nubes, a los montes y a las olas no verá en ellos solamente la materia. Son vidas que se han ocultado indescriptiblemente en la materia. En los antiguos tiempos, en la India, decían los hombres, al mirar alborear el día: “Esta es Ushas, el alba niña”; eso sentirán hacia la Naturaleza aquellos que sigan la senda descrita. En todas sus manifestaciones percibirán esa misteriosa condición de vida.

A medida que su alma se vaya abriendo a esas salidas y puestas de sol, casi llegará a ver detrás de ellas la alegría de los ángeles; las miríadas de tallitos de hierba cuando el sol juega con ellos, las criaturas de la tierra y el aire, hasta las rocas que le rodean con su apariencia insensible, todo les traerá la sensación una misteriosa unidad de la vida. Y al haber recibido algo de la revelación del sentido de la vida, sentirán algo de su poder oculto. Creemos que sólo en los libros, los poemas y los Evangelios es donde podemos encontrar una explicación de lo que representamos para nosotros mismos; pero si no nos compenetramos con la Naturaleza, con la debida actitud en el corazón y la mente, las mismas luchas que observamos en la Naturaleza, entre la vida y la muerte, nos darán explicación de esos idénticos procesos de vida y muerte dentro de nuestros propios corazones. Siempre se mostrará la Naturaleza dispuesta a decirnos algo de nuestras ocultas posibilidades.

Voy a mencionar tres de los grandes poetas que tiene Inglaterra y veréis cómo ellos nos han ayudado a comprender algo de la Visión Divina de la Naturaleza. Con razón se ha dicho que:

“Wordsworth reunió la totalidad del mundo, del hombre y la Naturaleza en un nuevo lazo de vida emotiva; Keats reveló de nuevo la creación visible ataviada con una nueva Magia de belleza; Shelley veía por doquier el invisible espíritu del universo y aquellos que se sentían capaces de seguirle en su potente vuelo se encontraban cogidos en regiones más allá de la carne y hasta del tiempo y del espacio”.

No es una experiencia trivial acompañar a Shelley, mirar una nube y sentir la vida que está detrás de ella. Y precisamente lo que muchas gentes encuentran difícil en Shelley es que no aborda las cosas “tales como son”, sino que se concentra en las ideas divinas que están detrás de las cosas. La misma dificultad se presenta en la comprensión de la pintura de Watts y no está de más el recordar que habiéndosele hecho la observación de la dificultad que ofrecía su pintura, contestó: “Yo pinto ideas, no cosas”. Así, pues, cuando hayáis aprendido a mirar más allá de las cosas y a poneros en comunicación con las ideas, empezareis a sentir como vuestra la Visión Divina de la Naturaleza. Entonces se os presentará la Naturaleza de un modo nuevo y recibiréis de ella el mensaje completo de vida.

Hay también que dominar la Naturaleza. Dije más arriba que la Naturaleza es brutal; si nos consideramos como fragmentos infinitesimales de su proceso estamos perdidos. Dije también que el artista puede remodelar la Naturaleza. Tenemos que aprender el misterio de dominarla, de la misma manera que, al crear su música del Fuego, dominó Wagner, no sólo el fuego de nuestra Tierra, sino el de todo el Universo. Si miráis atentamente a Regent Street y Piccadilly en sus momentos de congestión, tal vez os sintáis asqueados; pero si pintáis Regent Street o Piccadilly, los habréis visto “con los ojos más abiertos”, los habréis dominado transformándolos en su totalidad hasta fijarlos definitivamente en vuestro interior, no como sitios de sensualidad, superficialidad y lujuria, antes, por el contrario, como lugares admirables, tales como lo son, en efecto, en el Plan Divino. Tal sucede con el artista cuando compone, esculpe o crea alguna cosa, en una palabra. Entonces domina a la Naturaleza y, consiguientemente, se emancipa de su servidumbre.

El artista que conoce el profundo misterio de la creación, puede sentirse como uno de los Liberados en vida, y, como consecuencia, todo poderoso y gran Instructor que se haya liberado, es, forzosamente, un Artista. ¿Habéis reparado cuán intensamente artístico es Cristo en todas sus parábolas y en su manera de presentar las cosas? El poderoso fundador del Budhismo era un poeta exquisito; tal vez desconocierais este aspecto del Señor Buddha como el gran poeta de Oriente, pero sus criaturas están llenas de versos compuestos por Él. Todos los Grandes Maestros son, en su esencia, artistas; de ahí que consideren creadores a los hombres, enseñándoles en su venida lo que

nosotros llamamos su “camino”, llega el hombre a ser el sumo sacerdote de la Naturaleza.

¿Cómo poder describir la naturaleza de hombre que ha alcanzado la Visión Divina? Así como todo sacerdote humano que se ha consagrado a la Visión Divina es un mediador entre Dios y el Hombre sin que nada altere a qué Dios se ofrecen los sacrificios, de igual manera nos es posible a hombres y mujeres, como vosotros y yo, servir de intermediarios entre la Naturaleza y todos sus humildes representantes. Las rocas ansían fuertemente, como fuertemente ansía el hombre; las plantas tienen sus propias aspiraciones y la Naturaleza toda, que es la personificación de la Vida Divina, siente vagamente una aspiración hacia un gran Redentor. La planta está hambrienta de Él; cuanto para nosotros aparece sólo como materia, sueña en el día en que, liberado de esa materia, recibirá, en el concierto del Plan Divino, una completa encarnación en la Vida Divina. Cuando alguien ha descubierto en esa forma la visión de la Naturaleza, su vida se ha fundido tan completamente con ella, con la planta, con los árboles, que, lentamente, todas las cosas empiezan a sentir que él es su gran sacerdote y que hace llegar hasta Dios algo de sus deseos.

Culminando en lo admirable y lo exquisito, cuando paseamos por los campos y admiramos la Naturaleza, nos muestra la vida que las más pequeñas plantas y los animales más pequeños, y las nubes, se inquietan por sentir a través nuestro, desean hacernos su sacerdote máximo para que, en esa forma, puedan unirse a vosotros en vuestras ofrendas. Algo de esta condición de sumo sacerdote nos presenta Jacobo Stephens en su delicado poema “Las cosas pequeñas”.

¡Oh seres insignificantes que huís acobardados
y morís en silencio y desesperación
Menudos seres que lucháis y os malográis
y caéis en agua, tierra y aire.
Inofensivas alimañas todas, que sois asustadas y entrampadas,
Gazapos y ratones, oíd nuestra oración!
Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores,
Corderos, colorines y liebres,
Perdonadnos en nuestras deudas,
¡Oh insignificantes criaturas de la tierra!

El hombre que ama la Naturaleza puede pasear por los bosques y los prados y, aunque entristecido por tanto sufrimiento como el hombre ha infligido a los animales y por la fealdad con que ha deformado el aspecto exterior de la Naturaleza, puede hacerle llegar bendiciones que Dios derrama

sobre ella. Este es uno de los grandes descubrimientos que reciben aquellos que aman la Naturaleza.

Aun existe otro sorprendente descubrimiento y es el saber que podéis ser los redentores de la humanidad. ¿Cuál es el alcance de esta palabra “redentor”? Puede significar muchas cosas; pero mi opinión es que su característica principal es la de que un redentor es aquel que liberta la humanidad del cautiverio. Esto es precisamente lo que hacéis en relación con vuestros semejantes cuando empezáis a buscar y a conseguir la Visión Divina. Porque, desde aquel momento, si sois un verdadero artista, si, como artistas, comprendéis los misterios íntimos del Arte, cuando creáis, creáis para los demás. Cuando un poeta, dando expresión a lo más dolorido de su ser, escribe un soneto, no sólo alivia su mal, sino el de millares de seres que lo leen después. Cuando un místico escribe un himno de devoción, hace que otros sientan en sí esa misma devoción. Cuando un músico portentoso, viviendo en sus concepciones abstractas, describe con su música cosas que rebasan la posibilidad de descripción, es como si nos cogiera por la mano y nos transportase a un nuevo mundo. En todo momento, quien ha vivido con la Naturaleza, es capaz de libertar a sus iguales, y, entonces, llega a vosotros la Naturaleza como una madre, como un hermano, como una hermana, como un amigo, y os conduce a vuestro Amado, ese Ideal que habéis levantado delante de vosotros mismos.

Comprendéis, entonces, que todo cuanto habéis realizado, todo cuanto habéis sentido por vuestro Amado, es para el hombre. Y quedáis admirados ante el hecho sorprendente de que cuando llegáis a dar forma a lo real, a la interna Naturaleza de las cosas como en el arte, no tiene consistencia la frase de “el arte por el arte”. Lo que conseguimos es siempre para beneficio del mundo, y como lo más allegado a vosotros es el hombre, por amor al hombre realizáis cuanto hacéis. Todos vuestros actos abren de par en par las puertas interiores por las que dais libertad al hombre, a la planta, al animal, al ángel. Este es uno de los grandes e indescriptibles regocijos que trae al hombre la Visión Divina de la Naturaleza. No es sólo el sumo sacerdote; es, al mismo tiempo, el guardián de la prisión, puesto que las llaves están en su mano y liberta a su antojo la Naturaleza Divina que existe en la roca, en la planta y en el animal.

De este modo, y etapa tras etapa, aquel que ha encontrado la Visión Divina asciende a la Divinidad. La vida se rodea de una felicidad inexplicable y toda felicidad es una experiencia que se nos confía para la felicidad de los demás; entonces, para él, una puesta de sol es una escritura sagrada, una sinfonía, un evangelio. ¿De qué otra manera puede él describir estas cosas indescriptibles, sino mediante la vida que trata de vivir?

Finalmente llega una experiencia que alcanza el que está en el umbral de la Divinidad. El poder de esa poderosa Naturaleza, de la cual somos insignificantes fragmentos, revierte hacia él, y él, que es sólo un fragmento, se compenetra con el todo, y la chispa se identifica con la Llama. Y así vosotros, aun siendo deleznable seres humanos, uncidos a la esclavitud de la muerte, podéis afirmaros y vivir, sin embargo, entre los hombres, alumbrándolos pasajeraamente con el poder de la inmortalidad. ¿Puede ser esto posible? Pues esto es, precisamente, lo que sucede; y, como prueba, no puedo ilustrar mis afirmaciones de mejor manera que citándoos el poema de Jorge W. Russell (A. E.) donde, al describir la niñez de Apolo, nos dice lo que la Naturaleza le canta:

Ya el árbol de capullos amarillos, verdes y azules que se abren en la medianoche, a lo lejos derrama sus místicos perfumes sobre ti.

Ya las estrellas hundidas bajo las montañas y los valles su vida renuevan y las diminutas fontanas florecen en arco iris para ti.

Del mismo modo que vemos el sol, la luna y las estrellas sobre las aguas pasajeras, así se refleja el encanto de la vida en ti.

En el aire diamantino, el astro sol resplandeciente, arrojó a lo alto su alada radiación, toda su gloria enjoyada tenía para ti.

Y el fuego divino que arde en todas las cosas, que anhela volver a su hogar y descansar de nuevo, retorna de sus errantes extravíos, otra vez a ti.

Quien ha conseguido esa Visión de la Naturaleza suspira para elevar a su nivel a toda criatura de Dios. De ahí que todos cuanto aman la Naturaleza no pueden separarse del hombre: ansían que el hombre, que todos los hombres, sean liberados, y, cuantos aman la Naturaleza, ansían que sus inspiraciones lleguen a la ciudad, a sus bajos fondos, y conseguir que el poder creador de Dios, sentido en la actualidad tan débilmente por el hombre irrumpa en su plenitud en todos los días de su vida.

Cuán sorprendente es el misterio que la vida nos revela al enseñarnos que toda la majestad del mundo es nuestra, y que todas sus alegrías están, en cierto modo, ocultas en nosotros. La Naturaleza nos las ha dado a todos y, para encontrarlas, bastará con que busquemos la Visión Divina de la Naturaleza. Con la Visión Divina llega la unión con el Hombre, con Dios, con la Naturaleza y la realización de esa verdad, indescriptible de que Todo vuelve al Todo.

III

LA VISION DIVINA DE LOS DIOSES Y DE DIOS⁷

Como preparación a la conferencia el auditorio cantó, a ruego del señor Jinarâjadâsa, el siguiente himno, compuesto por el Reverendo G. Matheson, Párroco de San Bernardo, Edimburgo –ya fallecido- con la música “Langran”.

Congréganos, ¡oh amor que todo lo llenas!
Congrega nuestras rivales fes en Tu redil;
Rásguese y caiga el velo de la creencia de cada hombre,
Que podamos percibir que Tú siempre has sido.

Congréganos; a Ti tan sólo adoramos;
Bajo diversos nombres tendemos una mano común;
Bajo diversas formas se manifiesta un alma única;
Navegantes en distintos bajeles buscamos la patria una del espíritu.

Tuya es la vida mística que la gran India implora;
Tuyo el rayo purificador del parsi;
Tuya la paz que halla el budista del vaivén de la vida;
Tuyo el imperio en que sueña la China inmensa.

Tuya es la fuerza del romano, sin su orgullo;
Tuyo el mundo alegre del griego, sin su esclavitud;
Tuya la ley judaica, de amor henchida;
La verdad que alumbra, la caridad que salva.

Cada uno ve un color en la luz de Tu arco iris;
Considera un solo matiz y lo cree el cielo;
Tú eres la plenitud de nuestra visión parcial.
Seremos imperfectos mientras no hallemos los siete colores.

Hay quien busca un Padre en los cielos;
Quien pide una imagen humana que adorar;
Quien anhela un espíritu vasto como el amor o la vida.
Todo esto y aún más, hemos de hallarlo en Tu mansión.

¡Oh trino y glorioso Dios que todo lo abarcas!
Por muchos senderos se acercan los hombres a Tu trono.
Todos los senderos conducen a Ti.
Tú oyes todas las llamadas.

⁷ Conferencia dada en “Queen’s Hall”, de Londres, el 22 de mayo de 1927.

Quien en verdad Te busca Te encuentra.

Cuando un auditorio, como el presente, canta, con profundo júbilo, un himno de tan espléndida belleza, es prueba evidente de que nos encontramos en el comienzo de una nueva era religiosa. Ya pasó aquel tiempo en que hombres y mujeres cultos llegaban a creer que toda la verdadera religión necesaria a la humanidad, podía únicamente encontrarse en una sola religión. Por lo que respecta a los cristianos, afortunadamente, pertenece al pasado aquella creencia de que “los paganos, en su ceguera, reverencian la madera y la piedra”. La antigua idea de que fue en Palestina, donde, por vez primera, la luz brilló sobre el mundo, ya ha pasado. El amanecer de un nuevo día se muestra ya incluso en lo que se refiere a propaganda cristiana, en la manera distinta como se preparan los jóvenes varones y hembras que han de dedicarse a misioneros; su preparación exige hoy el conocimiento de las espléndidas ideas de la India, o de la China, o de Persia. Les es preciso, si su trabajo ha de desarrollarse en tierras paganas, saber que la Verdad brilló allí, en pretéritos tiempos, y que si han de reclutar para el redil del Cristianismo algunos que “no son de este redil” ha de hacerse únicamente, convenciéndoles de que las enseñanzas de Cristo son una adición a todas las enseñanzas que existieron anteriormente.

Porque esta nueva actitud se encuentra en aquellos que buscan a Dios sinceramente, podemos abordar el problema de la Visión Divina de Dios, libres de los prejuicios de una época afortunadamente desaparecida. Pero aún tenemos algunos prejuicios –yo los llamaría rémoras- y debemos examinar algunos de ellos que embarazan todavía nuestro pensamiento.

Una de estas rémoras es la actitud en que nos colocamos respecto al problema de Dios, tratando siempre de darnos de Él una representación antropomórfica. No podemos pensar en una Naturaleza Divina que sea la base de todo, a no ser que, en el lenguaje de Occidente, la tratemos en términos humanos: hablamos del “Padre” y hablamos de Dios como Él. De vez en cuando pude alguno que otro hablar de Dios Padre-Madre, pero son muy raros.

Creemos, generalmente, que si la Divinidad ha de llegar cerca de nosotros, no puede hacerlo sino por el cauce de alguna imagen humana. Algo de esto sucede también en la India, aunque el esfuerzo se hace sobre una base mucho más amplia, pues en el hinduismo existen Dioses con muchos brazos y muchas cabezas. En todo caso el antropomorfismo es una constante limitación para nuestros pensamientos; es una verdadera traba cuando no podemos encontrar ningún otro molde en el cual vaciar la concepción de la Naturaleza Divina.

Alguna vez me he preocupado pensando cómo se representarían los animales el concepto de Dios, si tuvieran el poder superior de razonamiento. Y, como contestación, dejadme que os cite un delicado poema de W. B. Keats, quien tomó la idea de una leyenda hindú. Pinta al rishi indo Kauva, escuchando lo que dicen las criaturas: el poema es una hermosa parábola para todos nosotros.

Pasé siguiendo el borde de las aguas bajo los árboles húmedos;
Mi espíritu se mecía en la quietud de la tarde, los juncos rodeaban mis rodillas.
Mi espíritu se mecía en el sueño y suspiraba: vi entonces las huellas de unas cercetas
Que goteaban sobre una ladera musgosa abandonar su caza
y reunirse y oír al más viejo hablar así:
“El que tiene el mundo entre su pico y nos hace fuertes o débiles
es una cerceta inmortal que vive más allá de los cielos.
La lluvia son las gotas de agua que resbalan de sus alas,
los rayos de luna proceden de sus ojos”
Pasé un poco más adelante y oí al loto hablar así:
“Quien hizo el mundo y lo gobierna se encuentra suspendido de un tallo,
pues yo he sido hecho a su imagen y toda esta gárrula corriente
no es otra cosa que una gota de lluvia que resbala de sus anchos pétalos”.
Un poco más en la espesura un corzo levantó sus ojos
rebosantes de luz estelar y dijo:
“El que estampó los cielos
es un noble corzo, pues ¿de qué otra manera podría Él
haber concebido algo tan triste y tan manso, tan noble como yo?
Seguí un poco más allá y oí al pavo real decir:
“Quien hizo la hierba y los gusanos, quien concibió mis gayas plumas
es un monstruoso pavo real que tremola toda la noche
su lánguida cola sobre nosotros, iluminada con miríadas de lunares de luz”.

Seguramente, si fuéramos pavos reales, veríamos la admirable cola del Divino Pavo Real claramente abierta delante de nosotros en toda su belleza; ¿y no sería ésta una razón para afirmar que Dios era un pavo real? Para nosotros, todas las experiencias por que hemos pasado nos prueban que Dios es un Padre, o una Madre, o un Amado. Como somos seres humanos, nos acercamos a Dios apoyándonos en este concepto. Pero yo trataré de demostraros seguidamente que, aunque llena de inspiración, esta inspiración tiene en ella algunas trabas.

Hay una segunda traba, común para muchos de nosotros, especialmente en Occidente, donde creemos que los dos grandes sectores de la Ciencia y del Arte nada tienen que ver con la Religión. Basados en que en muchos casos existe un antagonismo entre la Ciencia y nuestras ideas preconcebidas de religión, no acertamos a ver que hay un entrelazo entre la ciencia y nuestras

convicciones y realizaciones religiosas. Propendemos a imaginar que la religión es cuestión de intensa emoción, de misticismo y de profundas intuiciones. ¡Qué lejos estamos de aquellos días de la antigua Grecia, en los que un discípulo de Pitágoras dijo que “una inteligencia purificada es un coro de la divinidad”! Nuestra moderna posición, en el problema religioso, debido a que la Ciencia no se siente capaz de avalar todas nuestras exigencias religiosas es la de que la Ciencia está completamente al margen de quién y qué sea Dios.

Parecida es la actitud de muchas gentes, respecto al Arte. Al encontrar las Artes demasiado independientes y que no se restringen fácilmente a los moldes ofrecidos por la religión, ya no se inquietan del Arte. No reconocen que, en las creaciones del artista, creaciones, no lo olvidemos, que marcan el límite más alto de la marea de la civilización, pueden, tal vez, encontrarse revelaciones sobre la Naturaleza de Dios.

Debe ser obvio, sin embargo, para todo aquel que se esfuerza en buscar la Verdad, no sólo siguiendo los cauces de la tradición, sino inquiriendo directamente por sí mismo, que dondequiera que se encuentre una Verdad que ayude al hombre, en cualquier sector en que se encuentre esa Verdad debe revelar algo de la última Realidad. Porque la Verdad es indudablemente una, y es sólo la limitación humana la que la divide en Verdad de la Ciencia, de la Religión, de la Filosofía y del Arte. La Verdad de Dios puede ser sólo una e indivisible. El buscador libre de prejuicios, pronto se da cuenta de que cualquier Verdad que ha ayudado a la humanidad, sin distinción del campo donde se encuentre, cuando se comprende y se incorpora a la vida, entraña algo de la Naturaleza Divina.

Si hay una clase de Divinidad que ha creado el universo, no solamente este átomo de polvo llamado La Tierra; si este vasto proceso de vida no es una “reunión fortuita de átomos”, sino, por el contrario, la espléndida manifestación de una Mente y un Designio Divinos, hay que reconocer que este nuestro mezquino cerebro no podrá abarcar más que un solo aspecto de ese Designio. ¿Cómo puede esperarse que hombres y mujeres con cerebros que no se distinguen extraordinariamente de los de los monos antropoides, según demuestra la Ciencia, puedan comprender el misterio completo del universo? Una parte de este misterio, conforme; pero, ¿cómo podemos justificar nuestro atrevimiento de querer conocer todo lo que este universo puede enseñarnos a través de la Ciencia, la Filosofía, el Arte, la Religión y las muchas organizaciones sociales que irán desarrollándose en el transcurso de la edades?

Como consecuencia de la absoluta imposibilidad del cerebro humano de concebir la plenitud de la Verdad, uno de los más grandes filósofos que han

existido, Gautama el Buddha, jamás tocó el problema de quién y qué era Dios. Indefectiblemente, cuando se le preguntaba acerca de la naturaleza de la creación, de si existía un Dios finito o infinito, y sobre todos aquellos problemas para los cuales existe evidentemente inferioridad en el cerebro humano, permanecía en silencio. Edwin Arnold en “*La Luz de Asia*” describe acertadamente el punto de vista budhista citando las palabras con que abre el Buddha su primer sermón:

“¡Om, Amitaya! No trates de medir con palabras lo Inmensurable, ni de hundir la sonda del pensamiento en lo Insondable. El que interroga yerra, el que responde yerra. ¡Nada digas!”

Esta era, exactamente, la posición que, aun antes de Buddha, había tomado el pueblo indo con relación a este problema. Uno de los más atrevidos conceptos presentados hoy por los hindúes es el de que, cuando se les preguntaba si existía un Plan Divino dirigiendo todas las cosas, contestaban que tal vez el mismo Divino Plan se vería imposibilitado de contestar a preguntas tales como: “¿Por qué surgió el Universo?” Oíd el final de uno de los más famosos cantos del Rig Veda:

¿Quién lo sabe con certeza? ¿Quién lo declarará?
¿En dónde nació y de dónde vino esta creación?
Los dioses nacieron después de la creación del mundo:
Entonces, ¿quién puede saber de dónde surgió?

Nadie conoce el origen de esta creación,
Ni tampoco si es o no obra de Él.
Aquél que la contempla en el más alto cielo,
Él solamente lo sabe, no puede, quizá ni aún Él saberlo.

La más atrevida especulación de la India es, tal vez, la espléndida sospecha acerca del misterio del Universo, de que ni aun el mismo Creador conozca su último misterio.

Si algunos de los que os encontráis en esta sala sentíais el esplendor del concepto de la religión universal mientras cantabais el himno del párroco de Edimburgo, es porque en otros sitios, en otras vidas, habéis conocido los conceptos parciales de religiones individuales y las habéis amado, trascendiendo así la parte para abarcar el todo. Nuestra posibilidad para la comprensión para el descubrimiento de una más amplia y más completa naturaleza de Dios se basa en el hecho de que la Reencarnación, cuando comparándoos con un salvaje de retrasado tipo mental, os dais cuenta de que hay en vosotros una mayor simpatía, que vuestra comprensión del mundo es

más amplia que la suya y que, como consecuencia de ello, poseéis una más espléndida idea de Dios y podéis adorarla con amor, con propio sacrificio y no únicamente con holocaustos ardientes. Es porque mucho, muchísimo tiempo ha, conocisteis y practicasteis esa forma primitiva del culto; es porque vivisteis en la Atlántida; porque conocisteis las antiguas enseñanzas de la China referentes a la Tau; porque vivisteis en la India y compartisteis las enseñanzas sobre Brahman y porque en edades pretéritas aceptasteis otros aspectos de Dios, y, por eso, de etapa en etapa habéis llegado a la más amplia visión de que gozáis hoy día.

En la realización de esta más grande visión de la Divinidad, encontramos varias etapas, no me atrevo a señalar una etapa como anterior a otra; sólo afirmo que hay etapas, una más altas, otras más bajas, pero cuáles sean unas u otras, ¿quién podrá decirlo? Una de ellas, muy interesante, aunque no sea hoy muy conocida, es el Politeísmo, cuando la inteligencia humana comprende la Naturaleza Divina por las manifestaciones de muchos Dioses. Existen los Dioses de la India, los de Grecia, los de Egipto, y, a través de todos ellos logramos fijar en nosotros los atributos del Uno, de la Indivisible Divinidad. Los atributos del Dios de poder, sabiduría, amor, fuerza, paz, belleza y otros más, han llegado a cristalizar en nosotros por intermediación de las varias manifestaciones de muchos Dioses que adoramos en anteriores reencarnaciones. La humanidad, sobre todo en sus fases primitivas, comprende mucho mejor la idea politeísta de Dios. Hay períodos especiales en la historia del mundo en que la idea de un Dios múltiple se nos revela con mayor claridad que la de un Dios único. De ahí que el Politeísmo sea franco camino que nos lleva al conocimiento de la Naturaleza de Dios.

Viene, después, otra etapa que se conoce con el nombre de Panteísmo, con la afirmación de que, puesto que todo es Dios, puesto que el Universo, en su totalidad, fue creado por Él, puesto que de un modo más o menos misterioso, tiene que existir en Él, es consecuencia lógica de que Dios Mismo debe ser este Universo. Este era el concepto que, en otros tiempos, cristalizó en el pensamiento cristiano como “la Inmanencia de Dios”; “La Trascendencia de Dios”, es, por otra lado, la idea de Dios creando su Universo, pero manteniéndose separado de Su creación. Enfrente de este concepto del Dios Trascendente, se levanta el del Dios Inmanente que nos enseña que en todo aquello donde existe misterio, doquiera se manifiesta belleza o se siente pavor, puede verse y debe reverenciarse la Naturaleza Divina. La doctrina de la Inmanencia de Dios, llega a nosotros como un fragmento de la enseñanza de Cristo, que se descubrió en las excavaciones de Oxyrhyncus, en Egipto, y que dice:

“Levanta la piedra y allí me encontrarás.
Hiende la madera y allí estoy Yo”.

Este concepto del Panteísmo nos lo ofrecen en bellas y nobles palabras los pitagóricos:

“Dios es Uno y no está, como algunos suponen, en las formas exteriores de las cosas, sino en su interior; y la totalidad de su Ser se encuentra en toda existencia, vigilando toda la Naturaleza, fundiéndose en armónica unión con el todo; el autor de todas Sus propias fuerzas y Sus obras; el dispensador de luz en el cielo y Padre de todo, la mente y poder vital de todo el mundo, el que mueve todas las cosas”. De aquí que sea el Panteísmo otra avenida de acercamiento a la Visión Divina.

Vosotros nacidos en una religión deísta, como el Cristianismo, sabéis qué camino especial os lleva a Dios, por el intermedio de las varias formas de una religión monoteísta. El Cristianismo, el Zoroastrismo, el Islamismo son religiones monoteístas. Frecuentemente pienso que la forma más perfecta del Monoteísmo, que no tolera ni imágenes, ni símbolos, ni limitación humana de ningún género, se encuentra en el Islam. Tan abstracta y, al mismo tiempo, tan íntima es la concepción de Allah, que un musulmán devoto encarna la más pura devoción de una religión monoteísta: hasta tal punto que aun en la India, donde encontramos tantas imágenes de Dios, donde la proximidad de Dios la sentimos como una atmósfera que nos circunda por todos lados, se propende a la creencia de que muchos musulmanes han llegado a una comprensión y a una realización de la idea monoteísta, más completa que la mayor parte de los hindúes de hoy en día.

Y, a pesar de ello, fue en la India donde elaboraron un concepto de religión, para designar el cual, tuvo Max Müller que acuñar una palabra especial. También lo encontramos en Egipto, aunque más borroso. Se llama Henoteísmo. Existen en el Hinduismo varios Dioses, pero también existe el Uno con varios nombres; a tal Dios Uno lo llaman *Parabrahman*. Un verso famoso del Rig Veda así lo proclama: “El sabio llama al Ser Uno con varios nombres, lo llama Agni, Yama, Matarishvan”. De aquí que nos encontramos en el Rig Veda con la sorprendente afirmación –como por ejemplo en los himnos de Agni, Dios del Fuego-, de que después de describirlo como uno de los varios Dioses, se identifica súbitamente con todos los Dioses posibles del Panteón. Varuna, Dios del Firmamento; Indra, Dios de los Cielos; Surya, el Sol; todos se nos presentan como personificaciones del Panteón completo. De ese modo el Dios politeísta se transforma en el Dios monoteísta, y, para dar un nombre a esta fase de la religión inventó Max Müller la palabra Henoteísmo.

De manera que en la religión encontramos Politeísmo, Panteísmo, Teísmo y el Henoteísmo. Pero aún hay más; pues se ha llegado al descubrimiento de Dios por otro camino, completamente distinto, aunque muchos nieguen rotundamente que, por ese camino, puede llegarse a descubrirlo. Me refiero al Ateísmo. Afirmé que por dondequiera que aparece una verdad que sirve de ayuda al hombre, detrás de esa verdad se encuentra la revelación de la Naturaleza Divina. De aquí que cuando observamos una vida dedicada al sacrificio, como la de Carlos Bradlaugh, que no creía en la existencia de Dios, que no bebía su inspiración en doctrina alguna de salvación, que no necesitaba sentirse actuado por idea alguna de recompensa celestial para vivir una vida de alta moralidad dictada por los principios ordinarios del humanitarismo; cuando ese hombre tiene una vida de lucha y no de descanso, soñando y trabajando por el engrandecimiento del hombre, sufriendo por sus ideales y, firme como la roca de las edades, para que sobre ella se puedan edificar los sueños de los hombres; cuando encontramos cientos como él que sufren noblemente ofreciendo sus vidas a fin de que el futuro de la humanidad pueda libertarse de la teocracia del levitismo y de la superstición, ¿podemos creer que el Dios del Universo es tan pequeño que no pueda encontrar lugar en Su Plan para tan hermosos sueños? De ahí que afirmé que hasta por el Ateísmo llegamos al descubrimiento de Dios; no os dejéis dominar por los marbetes: ¿creéis, por ventura, que Dios se preocupa de las etiquetas? Donde hay un anhelo de Servicio allí está Él.

Adorando el Dios del Teísmo, o el Dios del Panteísmo, o el Dios del Politeísmo, o el Dios del Humanitarismo, nos vamos elevando etapa tras etapa, por los peldaños de la escalera. Por eso he designado esta conferencia “La Visión Divina de los Dioses y de Dios”. Porque afirma que únicamente después que hayáis visto el esplendor de los colores separadamente, y hayáis estudiado la ciencia de la vida en las miríadas de sus manifestaciones, seréis capaces de sentirnos atraídos a la Vida Una y no quedaréis deslumbrados por la brillantez de una sola Luz. Porque en vidas anteriores hemos sido teístas, y panteístas, politeístas y ateos, algunos de nosotros, buscamos la Visión Divina en el Hombre y en la Naturaleza.

Ese camino que tantos de nosotros buscamos hoy, ha sido descrito en espléndido lenguaje por uno de los más grandes hombres que el Oriente ha producido: el emperador de la India Akbar. Era este gran musulmán uno de los más fervientes buscadores de la Verdad. Edificó en su capital de Patehpur Sikri una sala de audiencia donde todos los viernes -el domingo de los musulmanes-, cuando los cuidados de la guerra se lo permitían, reunía a los doctos para sostener discusiones religiosas. Invitaba a mulvis musulmanes, padres católico-romanos, mobeds zoroastrianos y shastris hindúes para que

expusieran su fe, y escuchaba cuanto cada uno tenía que argumentar acerca de su Dios. Durante varios años meditó Akbar sobre el problema de “qué era Dios”. Lentamente le fue invadiendo el conocimiento de la Visión Divina de Dios y así lo ha descrito en un famoso poema:

“Dios mío: en todos los tiempos veo gente que Te busca, y en todas las lenguas que oigo hablar, la gente Te alaba.
El Politeísmo y el Islamismo van hacia Ti.
Cada religión dice que Tú eres Uno, sin igual.
Si es una mezquita, la gente murmura un santo rezo; si es una Iglesia cristiana, las campanas voltean por Tu amor.
A veces frecuento el claustro cristiano; a veces la mezquita.
Pero eres Tú a quien busco de templo en templo.
Tu elegido nada tiene que ver con la herejía, ni con la ortodoxia, puesto que la herejía y la ortodoxia no existen detrás de la mampara de la Verdad.
La herejía para los herejes; la ortodoxia para los ortodoxos, y sólo queda el polvo del pétalo de la rosa para el que vende perfume”.

Cuando alborea para el buscador la Visión Divina, hay algo de que podemos estar completamente seguros. Tal vez no pueda explicarlo en el lenguaje que para sus elucubraciones usan los hombres; pero habría algo muy cierto y es que, sea cual sea la verdad final que se encuentre respecto a la naturaleza de Dios o del Absoluto, el hombre y el Absoluto son uno, no dos. Todo aquel que impelido por su aspiración; que, a través del sufrimiento, se eleva al conocimiento, aunque sea imperfecto, de cual sea la última consecución, llega a ese estado en el que sabe que cada uno de sus pensamientos, sus más elevados sueños de realización, son, exclusivamente, los grandes sueños y pensamientos de Dios que vuelven a Él. El hombre vino de esa Unidad: originado de ella desarrolló su naturaleza y llegó a ser un alma individual: de ahí que a Él haya de volver. Así como un círculo trazado en una esfera es sólo uno de los muchos que pueden trazarse separadamente; así como todos esos círculos posibles son solamente segmentos de dos dimensiones en una esfera de tres; así como entre ellos, los millones de círculos posibles no llegarán a revelar la tercera cualidad dimensional de la esfera, de igual manera el hombre de mente espiritual sabe que sus pensamientos, sueños y aspiraciones más elevados son pensamientos divinos, retornando otra vez a Dios por su conducto.

El hombre es el sostén del jarrón de flores que ofrece: cuando cree que se eleva, cuando cree que adora, no es sino Dios que se reintegra a sí mismo; es aquel misterioso Todo que vino de Él y a Él se devuelve.

Este descubrimiento es el que hace al hombre espiritual; ese conocimiento de que existe un artífice más poderoso que él, una Vida más

majestuosa que la suya. La espiritualidad se le figura la realización de que él es sólo una ventana, un canal, un dedo de una mano. Intentará el hombre espiritual describir de cien maneras esa gran experiencia y, cuando ha llegado a sentirla, entonces su corazón se ha purificado. Para él, pudo decir San Agustín: “Ama y haz lo que quieras”, ya que nada desea para sí mismo. De ahí que el yugo de la tradición encuentre al hombre que ha llegado a esa realización, directamente, impaciente por sacudirlo. El hombre espiritual no es hombre de tradición. Cuando un cristiano que ha subido, por su propio esfuerzo, a la idealización del Nuevo Testamento, vive la vida, crea en sí mismo un nuevo tipo de cristiano, y florece en el mundo cristiano como flor de una nueva variedad. Ese cristiano es un verdadero santo, canónico o no la Iglesia. Mientras que el cristiano que se deja guiar únicamente por las tradiciones de los siglos, de su Iglesia, puede afirmarse que no ha descubierto aún a Cristo.

Cuando por vuestro propio esfuerzo descubris vuestra verdad, vuestro Señor, vuestro Salvador, y no a través de ninguna tradición, entonces entráis y continuáis por vuestra propia carretera real. Y para descubrir la verdad directamente, para llegar directamente a la comprensión del misterio de las cosas, no tenéis más que un camino: necesitáis crear. Hasta por vuestros sufrimientos, por vuestras angustias, podéis crear algo y ofrecer al universo eso que no existía anteriormente. ¿Sois capaces de extraordinaria devoción? Leed, si os place, todas las descripciones que de la devoción podáis encontrar y saturaros de los éxtasis de todos los Santos; de nada os servirá, y, únicamente, cuando por las ofrendas de vuestra propia devoción lleguéis a crear algo nuevo –y eso entraña siempre profundo dolor- es cuando por vosotros mismos, alcanzáis directamente a la Visión Divina. ¿Sois capaces de acendrado amor? Cuando después de haber vivido las experiencias de toda la gama de amores que el mundo ha conocido, descubris, sin embargo, un nuevo tipo de amor y anunciáis al mundo vuestra propia verdad referente al amor, es cuando llegáis a la Visión Divina. Cuando, como resultado de vuestras perplejidades y dudas, creáis un nuevo aspecto de una filosofía, y difundís al mundo parte de ese nuevo algo que es vuestro, un nuevo capullo de Dios que se ha abierto y exhala su perfume, entonces os sostenéis solos y llegáis a la Visión Divina, no a través de la tradición, sino directamente por vosotros mismos. Y, paralelamente, aunque no os sintáis actuados especialmente por la devoción, ni movidos por la filosofía, si sentís que la más grande de las obras en la vida, es el servicio del hombre y la lucha para el logro del fin de las injusticias del mundo; cuando os dedicáis a crear un ideal nuevo, un nuevo estado de conciencia de lo que la vida puede llegar a ser, también, entonces, habréis conquistado la Visión Divina.

Cuando la Visión Divina llega a vosotros, encontraréis en ella una gran maravilla: la de que no podéis enfocarla en un sitio especial, porque continuamente está variando. Durante un día, durante un año podéis sentir que la Visión Divina se os acerca, en su verdad y su intimidad más profunda, a través del Teísmo, o del Monoteísmo o del Politeísmo; más tarde, al desplazarse el esplendor de la Visión la encontraréis llegando por distinta dirección: Politeísmo, Panteísmo, Ateísmo, todos ellos se os representarán como espejos que girarán a vuestro alrededor, como ventanas a las cuales os asomáis, y a través de las cuales conocéis la verdad de lo que está fuera y dentro de vosotros. De ahí que cuando el hombre llega al conocimiento de la vida espiritual, nada puede mantenerlo ligado; se deshace de todos los conceptos y formas y rompe todas las ligaduras. El hombre que llega a la Visión Divina es, casi siempre, un hereje; rechaza toda tradición; si es cristiano, no se dejará apresar ni aún siquiera por la deslumbradora maravilla de los sucesos de Palestina; porque a él se le revelan nuevas maravillas, nuevas creaciones a medida que el universo se desdobra para él, edad tras edad.

En esta etapa, cuando recibe la Visión Divina, por varias avenidas, es cuando, como un misterio, se le enfrentará constantemente un hecho importante: el Misterio de la Trascendencia y de la Inmanencia de Dios. En el Hinduismo se conocen estos misterios con los nombres de *Nirguna Brahman* y *Saguna Brahman*, el Aquello que carece de atributos y el Dios que posee atributos. Hay dos senderos bien delineados en el Hinduismo: uno el sendero hacia el Dios Mediador, el otro hacia el Dios Absoluto. En el famoso poema Bhagavad Gîtâ, Arjuna pregunta a Shri Krishna cuál de estos dos caminos debe el hombre esforzarse por seguir:

Arjuna dijo:

Entre los hombres piadosos, ¿quiénes son los más versados en el yoga: los que así con incesante devoción Te adoran a Ti, o aquellos otros que adoran al Imperecedero e Inmanifestado?

El Señor Bendito dijo:

Aquellos que, teniendo puesto en Mí el pensamiento, Me sirven con asidua devoción y fe inquebrantable, son a mis ojos los que mejor practican el yoga.

Pero aquellos que adoran al imperecedero e inefable Inmanifestado, que es omnipresente, inconcebible, excelso, inmutable y eterno; y teniendo a raya todos los sentidos y órganos de acción, guardan perfecta ecuanimidad y se regocijan en el bien de todas las criaturas; aquellos ciertamente llegan también a Mí.

Muy arduo es el afán de aquellos cuyo pensamiento se dirige a lo Inmanifestado, por cuanto la meta inmanifestada con gran trabajo la consiguen los seres encarnados.

Ambos llegan a Dios. Pero duro es el camino para aquellos que escogen el Sendero directo, que encuentran sus inspiraciones, no en la forma, ni en los credos, ni aún en los Avatares o encarnaciones de Dios, sino únicamente dentro de ellos mismos. Fijaos cómo lo explica Shri Krishna:

Muy arduo es el afán de aquellos cuyo pensamiento se dirige a lo Inmanifestado, por cuanto la meta inmanifestada con gran trabajo la consiguen los seres encarnados.

Mas tarde o más temprano todo individuo hollará esta difícil senda, pues más allá del Dios Mediador habrá de encontrar la que guíe a la Trascendencia Divina. De ahí que cuando llega a la Visión Divina se vuelve hereje; ni los credos, ni las formas pueden ya sujetarlo. Puede o no aceptar las ceremonias; algunas veces las tolera con el fin de ayudar a aquellos que no han alcanzado aún esa altura, con la diferencia de que mientras adora la Inmanencia de Dios, posee el conocimiento de aquel otro admirable misterio de Su Trascendencia y ansía encontrarse cegado por aquella visión que nadie dice para los demás, para quienes no hay otro camino de consecución, sino el más bajo de un Dios Mediador.

Permitidme que os cite cómo un sufí místico, Ybn-i-Yamin, explica estas mismas verdades. Habla de sí mismo y observa cómo se va elevando escalón tras escalón hasta llegar a trasponer su mismo ser íntimo y sentirse como si cesara de ser.

Del vacío de la no-existencia vine a esta morada de arcilla
y de la piedra me alcé hasta la planta. Mas aquello ya pasó.
Desde entonces, por obra de los afanes y esfuerzos del espíritu,
alcancé y abandoné pronto alguna forma inferior de la vida;
también aquello pasó.
En un regazo humano, no siendo ya un mero bruto,
transmuté esta diminuta gota del Ser en una perla;
eso también pasó.
Ante el sagrado templo me uní con un tropel de ángeles,
lo rodee con ellos y lo contemplé largo tiempo;
también aquello pasó.
Abandoné a Ybn-i-Yamin, y de éste también remontándome libre,
lo abandoné todo, aparte de Él, de tal manera que nada quedó sino Él.
Todo lo demás pasó.

Así llegamos a ese magnífico estado descrito por Plotino en términos tales que nos resultan faltos de sentido, sobre todo para los que vivimos en este mundo moderno. Porque, en la actualidad, rodeándonos por todas partes, hay tantas iglesias y templos, tantos intermediarios y jerarquías eclesiásticas

que casi hemos llegado a olvidar que existe otra visión posible de la verdad fuera de la que ellos revelan. Plotino nos describe el camino directo que encontró, con las siguientes palabras: “Esta es, en efecto, la vida de los Dioses y de los hombres divinos y felices; la liberación de todas las preocupaciones terrenas; una vida para la cual los placeres humanos son innecesarios y el vuelo de lo único al Único. Pero en estos tiempos cuando encontramos tantos Salvadores y Mediadores, hay pocos, entre nosotros, que preferimos conservarnos aislados y emprender ese vuelo de lo único al Único”. Y, sin embargo, la evolución de la humanidad no se completará mientras cada uno de nosotros no realice ese gran descubrimiento, y libre de cuantas escrituras y salvadores existen, se arriesgue a volar “sólo hacia el Único” directamente a la Divinidad Trascendente.

Cuando se ha conquistado ese estado, recibe el que lo alcanzó un nombre muy significativo en la India: se le llama *Muni*, “el silencioso”, porque ha llegado al descubrimiento de la última verdad referente a la naturaleza de Dios y sus labios quedan sellados. ¿Cómo podría describirla? Podría intentarlo sirviéndose de esos moldes que las religiones han creado para los pensamientos; podría usar las etiquetas de las grandes filosofías; pero siempre fracasará; siempre, siempre, porque llegó a la verdad por sí mismo y no a través de tradición alguna. De aquí que, en la India, más allá de esa consecución de íntima comunión con el Divino Amado, se señale otro estado, un estado muy difícil de comprender por las gentes devocionales, porque aparece demasiado frío, demasiado abstracto, completamente aislado. Cuando el Muni se deleita en la contemplación de la felicidad de la comunión, cuando fija su mirada en la Visión Divina que se manifiesta delante de él, debe murmurar en su interior: “¡Neti! ¡Neti! **Esto no es aquello, esto no es aquello**”. Regocijarse en el esplendor de los Dioses, adorar al Dios verdadero del Dios verdadero cara a cara y, sin embargo, tener que decir: “Esto es sólo el fenómeno, no el nómeno; busco a **aquello** que no pueda expresarse por visión alguna”, ésta puede decirse que es la más grande enseñanza que nos da la India. “Neti, neti”, es la mayor contribución que la India ha brindado al problema espiritual, aunque son pocos los que lo pueden apreciar en toda su magnitud. No hay por qué negar que las enseñanzas de todas las religiones son auxiliadoras; que los Mediadores auxilian a los hombres en el camino hacia Dios; pero son sólo postes indicadores en el camino hacia la Visión Divina que nos lleva más allá de las experiencias que ellos describen.

Aquel que ha adelantado tanto en su camino hacia la realización final, y vive como Muni, jamás intenta describir con palabras la esplendorosa visión de lo que ve, pues es indescriptible. Pero, aun dentro de su silencio, su vida se convierte en una parábola, y sin hablar, sin discutir, realiza en el mundo del

pensamiento cambios extraordinarios por la fuerza de lo que él es, pues irradia en el mundo el poder de Dios Trascendente. Referente a la verdad última acerca de Brahman, verdad que sólo el Muni conoce, desde tiempo inmemorial se dijo en la India: “Si explicáis eso a una rama ya seca, la veréis cubrirse de hojas y flores”. Porque esa verdad no es una negación, una fría verdad intelectual abstracta. Es verdad que es poder; el poder que creó todas las cosas pronunciando una Palabra.

Alrededor de donde vive un tal silencioso, se reúnen discípulos que tratan con sus limitadas mentes de abarcar la grandeza de su consecución. Y después de su muerte, discuten entre sí diciéndose: “¿Qué significaba?”. Les es imposible comprender que era como un brillante que refleja un color tras otro con sólo moverse, sin que el mismo tenga color alguno. ¿No era éste el caso de Cristo, de Buddha, de Krishna y de todos los grandes Instructores? Sus discípulos disputan, pelean, fundan sectas e iglesias y establecen caminos secundarios; mientras que Ellos significaban una Verdad, la Visión Divina de Dios que es, al mismo tiempo, la Visión Divina del Hombre.

Toda duda cae por su base para quién posee la Visión Divina. Y todos vosotros llegaréis un día a conseguirla, ya que todos nos encontramos en el camino que a ella nos conduce. Debemos, sin embargo, aprender ahora ciertas lecciones. La primera es reconocer la Visión Divina en la cara de nuestros semejantes y después en la faz de la Naturaleza, pues ellos nos hablan de los misterios de la Divinidad Inmanente. Al llegar a esta etapa, es cuando empieza para nosotros la visión del Dios Trascendente, aquel Absoluto que está por encima de todo nombre. Y al llegar a un atisbo, aunque parcial, de Ello, debemos ofrecernos a la vida como el *Mártir*, el “testigo” de la verdad de que hay sólo *una* Divinidad, *una* Ley Divina, *una* Humanidad, *una* Salvación, *una* Vida indivisible, y como decimos en la India, *Ekam advitīyam* “Uno sin segundo”.

Aquel que así ha llegado a la realización del “Uno sin segundo” es el alma más recia del mundo. Pueden las iglesias martirizarle, pero su sangre se vuelve el cemento con que unir a los hombres en un amor más fuerte hacia él; la ortodoxia puede hacerlo arder en la hoguera, pero con su sacrificio enciende una llama que arderá por toda la eternidad.

Tales son las almas que han alcanzado la Liberación, el conocimiento del Uno, el Indivisible. Y hacia esta culminación, vosotros y yo, vamos caminando. Si mientras seguimos nuestra ruta, al encontrarnos en niveles más bajos, comprendemos que no ha sonado aún para nosotros la hora de la Trascendencia y que nos sentimos satisfechos con la Inmanencia, que no podemos prescindir del ansia de un Mediador, de algún ritual de adoración, evitemos, cuando menos, levantar barreras entre una fórmula de adoración y

otra, entre un credo y otro. Pues es seguro que un día trascenderemos toda barrera y aprenderemos a cobijar el mundo entero dentro de nuestro corazón y decir con el Cristo: “Venid a mí”. Porque cuando alcancemos la Liberación tendremos que hacer nuestro el mundo; cuando lleguemos a la sabiduría tendremos que desterrar la ignorancia de la humanidad; cuando seamos fuertes, tendremos que cambiar la debilidad de nuestros hermanos en la fortaleza de Dios.

Y, serán tan vuestros como míos todos estos esplendores a medida que etapa tras etapa, y cada uno por nuestro propio esfuerzo, lleguemos a la Visión Divina de Dios.



INDICE

I.	La Visión Divina del Hombre.....	2
II.	La Visión Divina de la Naturaleza.....	15
III.	La Visión Divina de los Dioses y de Dios.....	30